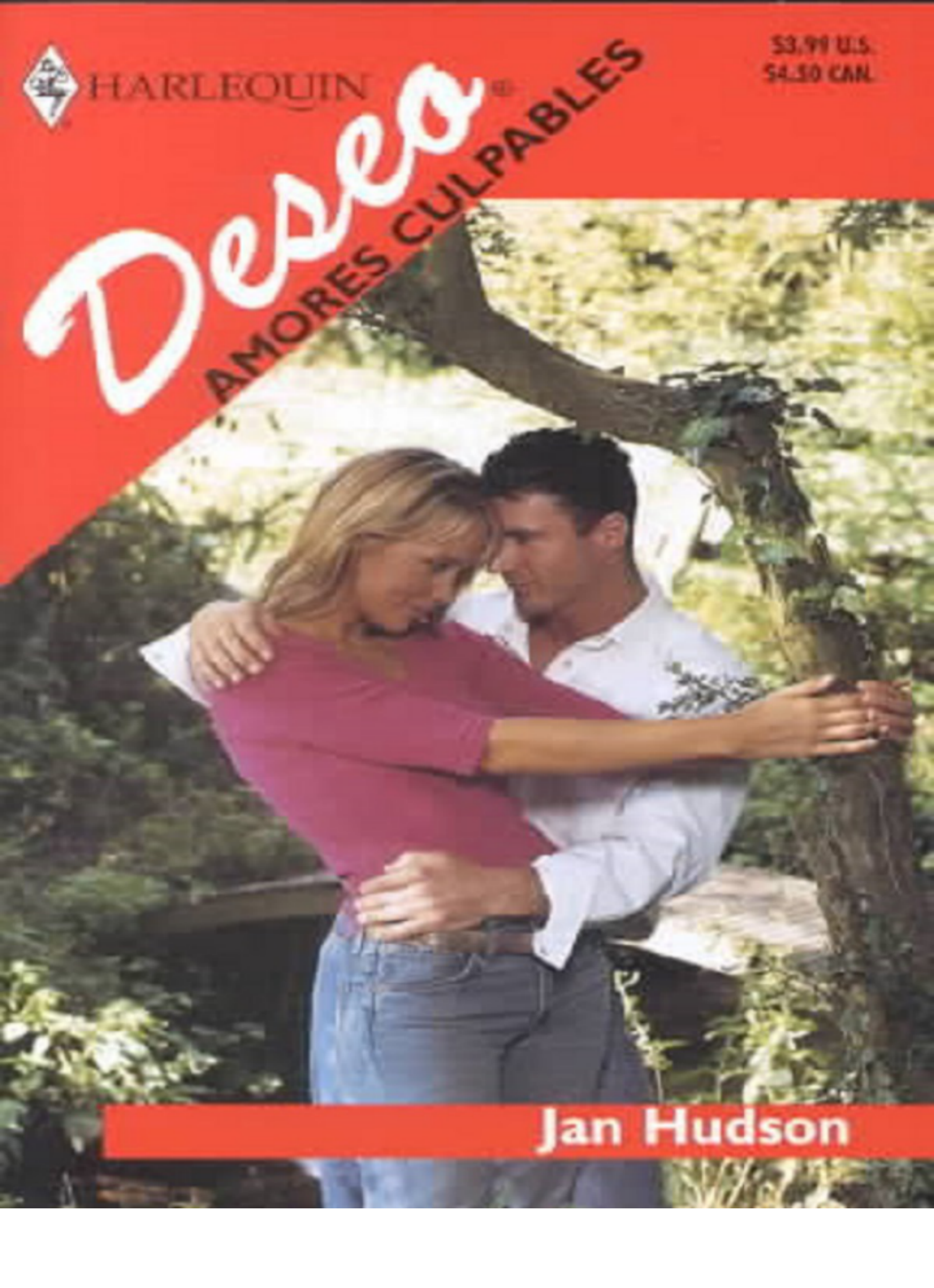

HARLEQUIN
Deseo
AMORES CULPABLES
$3.99 U.S.
$4.50 CAN.
Jan Hudson

Argumento

Jessica volvió en sí después de aquel shock y se encontró con unos ojos muy familiares clavados en ella, y una voz conocida que intentaba tranquilizarla. Aquel hombre era un fantasma... o la viva imagen de su difunto esposo.

El millonario Smith Rutledge era un texano vivito y coleando y se quedó tan perplejo como la propia Jessica al ver cuánto se parecía a su marido... un marido que jamás la había hecho sentir o desear lo que Smith provocaba en ella.

Y, aunque el magnate texano merecía saber la verdad, eso significaba destapar importantes secretos del pasado que podían hacer mucho daño... Mientras buscaban respuestas, ambos se dieron cuenta de que cada vez compartían más cosas... incluyendo la cama...

Capítulo 1

Smith Rutledge levantó los ojos de su plato de macarrones para mirar a una mujer joven con pantalones cortos y camisa ancha. Llevaba en la mano una bandeja y estaba buscando mesa en la abarrotada cafetería de Harlingen, Texas.

«Bonitas piernas», fue lo primero que pensó. Estaba admirando el resto cuando los ojos de la joven se clavaron en él.

Smith iba a levantarse para ofrecerle sitio en su mesa cuando vio que ella lo miraba con expresión horrorizada.

-¡Tom! -gritó.

Entonces, poniendo los ojos en blanco, se desmayó.

Un motero lleno de tatuajes tropezó con ella y cayó al suelo, tirándole la bandeja encima.

La ruidosa cafetería se quedó en silencio repentinamente. Smith se levantó de un salto y corrió a auxiliar a la mujer.

El motero, cubierto de salsa de tomate, levantó la cabeza, perplejo:

-¿Qué pasa?

-Creo que se ha desmayado. Vaya a buscar al dueño de la cafetería -murmuró Smith, tomándole el pulso a la joven.

Estaba pálida y la bandeja le había hecho un corte en la frente.

El propietario llegó enseguida, muy nervioso.

-Ya he llamado a una ambulancia. ¿Qué ha pasado, señor Rutledge?

-No lo sé, Juan. Se ha desmayado y el hombre que iba detrás de ella ha caído encima. Está inconsciente.

Smith no añadió que se había desmayado al verlo, como si él fuera Hannibal Lecter, el asesino de El silencio de los corderos. En fin, no era tan guapo como su hermano Kyle, pero no solía ejercer tal efecto en las mujeres. ¿Y quién demonios era ese Tom? Poco después llegó la ambulancia y los enfermeros la colocaron en una camilla, haciendo preguntas que él no podía responder. No sabía su nombre y mucho menos si era diabética o alérgica a algún medicamento.

Smith tomó su pesado bolso y buscó el monedero para ver si encontraba algún documento que la identifícase. Encontró uno de color marrón y, al abrirlo, se quedó helado.

En el monedero de la joven desconocida había una fotografía suya. No solo una, varias. Pero no podía ser... El no había visto a aquella chica en toda su vida. Sin embargo, allí estaban los dos juntos. Era absurdo.

-Tenemos que llevarla al hospital. ¿Cómo se llama?

Perplejo, Smith miró al enfermero que le hacía la pregunta.

-¿Qué?

-¿Cómo se llama esta joven?

-Ah... Jessica O'Connor Smith. Se llama Jessica O'Connor Smith. Voy con ustedes.

-No puede venir en la ambulancia.

-Entonces los seguiré en mi coche.

Smith guardó el monedero y, con el bolso en la mano, salió detrás de la camilla.

Estaba sentado en la sala de espera, pero los nervios lo obligaron a levantarse para dar un paseo.

Llevaba allí una hora. Había intentado entrar en la habitación, pero una enfermera a quien le importaban bien poco las donaciones que hacía al hospital, se negó a dejarlo pasar.

-Tengo órdenes de que nadie la moleste. El médico hablará con usted cuando haya terminado.

-Pues está tomándose su tiempo -murmuró Smith para sí mismo.

Estaba preocupado por la mujer, pero sobre todo estaba preocupado por lo que había visto en su monedero.

Nervioso, se sentó en una silla de plástico y miró las fotografías de nuevo. Debía haberlas mirado una docena de veces desde que llegó al hospital. ¿Cómo era posible? No recordaba haber visto a aquella joven rubia en su vida.

Una vez, años atrás, bebió demasiado tequila con sus amigos y se despertó dos días más tarde, confuso y con los bolsillos vacíos, en un viejo hotel de Matamoros. Pero solo había ocurrido una vez y aprendió la lección.

Desde entonces, excepto alguna cerveza o una copa de vino durante las comidas, no solía beber. Con el ceño arrugado, estudió la fotografía de Jessica O'Connor Smith. Una chica guapa con una sonrisa de cine. No habría olvidado a alguien como ella. En la foto tenía el pelo más corto, pero era la misma mujer.

Jessica O'Connor Smith, número 218 de Elm Street, Bartlesville, Oklahoma, decía su documento de identidad.

Smith no había estado nunca en Bartlesville. También encontró una tarjeta de crédito, el carné de una biblioteca y veintiocho dólares en efectivo. En su bolso había todo tipo de cachivaches, pero nada que pudiera darle pistas sobre ella. Ni agenda, ni cartas, nada personal.

¿El apellido O'Connor sería su apellido de soltera o de casada? No llevaba alianza. Ni siquiera tenía la marca de haberla llevado.

Probablemente era una turista, uno de tantos visitantes que dejaban atrás el frío para disfrutar de la cálida temperatura de Río Grande.

Smith llamó a información de Bartlesville para localizar a su familia, pero la operadora lo informó que no había nadie llamado O'Connor Smith en aquella dirección. Qué raro. Quizá su número no estaba en la guía.

-; Señor Smith?

El levantó la mirada.

-Soy el señor Rutledge.

-Perdón. Pensé que el apellido de la paciente era Smith -se disculpó un hombre de bata blanca-. ¿No es usted su marido?

-No, solo... un conocido.

-Ah, claro. Es usted Smith Rutledge, de la empresa Smith, S.A., la de los ordenadores, ¿no? Perdone que no lo haya reconocido, señor Rutledge. Evidentemente, el médico estaba más impresionado con sus donaciones que la enfermera.

-¿Cómo está la señora Smith?

-Confusa y mareada. El corte en la frente no es nada serio, pero creo que tiene fracturada la muñeca. Ahora estamos esperando el informe de rayos X.

-¿Saben por qué se desmayó?

-Por lo que ella me ha dicho, parece que no había comido nada en todo el día y seguramente sufrió una bajada de azúcar. Estamos haciendo pruebas, pero seguro que se pondrá bien.

-¿Está despierta? ¿Podría verla?

-Aún no, señor Rutledge. La enfermera le dirá cuándo puede entrar. ¿Quiere tomar un café mientras espera?

Smith negó con la cabeza y se dispuso a pasear de nuevo.

Transcurrió más de una hora hasta que la enfermera fue a buscarlo a la sala de espera.

-Tenemos problemas, señor Smith.

-Señor Rutledge.

-Ah, perdón. El médico ha insistido en que debe pasar aquí la noche, pero ella quiere irse. Dice que no puede pagar la atención médica en este hospital... Pero no puede marcharse. Está medio atontada por los medicamentos y lleva una escayola en el brazo. No puede conducir así... ¿Puede usted hacer algo?

Smith se levantó.

-Puedo intentarlo.

La mujer que encontró en la habitación no se parecía mucho a la que había visto en la cafetería, ni a la agitada paciente que describió la enfermera. Tenía una venda en la frente y una escayola en el brazo izquierdo, de la muñeca hasta el codo.

Pero estaba dormida como una niña.

Con el pálido rostro apoyado en la almohada y los párpados cerrados, parecía tan frágil... algo en su vulnerable aspecto le tocó el corazón. Sin saber por qué, sintió el deseo de protegerla.

-Señora Smith, señora Smith... -intentaba despertarla otra mujer-. Necesito saber si tiene seguro médico. ¿Cuál es su dirección? Señora Smith, necesito el teléfono de algún pariente...

-Déjela en paz -la interrumpió él.

-Pero tengo que saber quién va a pagar la factura.

-Yo la pagaré -dijo Smith, sacando una tarjeta de crédito-. Envíe la factura a mi oficina. Y ahora, váyase de aquí.

La mujer lo miró, indignada.

-Perdone, pero solo estoy haciendo mi trabajo.

Él se pasó una mano por la cara.

-Sí, claro. Lo siento.

Smith se quedó mirando a la joven dormida, intentando contener su deseo de despertarla. Tenía muchas preguntas que hacer, pero no era el momento.

-Creo que el calmante por fin ha hecho efecto -suspiró la enfermera-. La subiremos a planta dentro de unos minutos.

-Que la pongan sola en una habitación.

-Pero yo no tengo autorización...

Smith le dio su tarjeta.

-Llame al director, por favor. Dígale que quiero hablar con él ahora mismo.

Si Jessica O'Connor Smith se quedaba en el hospital esa noche, él se quedaría también. No pensaba alejarse de aquella mujer hasta que consiguiera respuestas.

Después de hablar con el director, Jessica fue subida a una habitación en la planta de traumatología.

Esperando que despertase para preguntarle por las fotografías, Smith se sentó en un sillón. A medianoche se sabía de memoria cada detalle de su rostro, hasta el diminuto lunar que tenía bajo la ceja izquierda. Era una mujer atractiva, de rasgos fuertes: pómulos altos, labios generosos y un hoyito en la barbilla, aunque no tan pronunciado como el suyo.

De repente, ella empezó a agitarse y Smith tomó su mano, murmurando palabras tranquilizadoras. En aquel momento le pareció lo más natural del mundo. Y la joven se agarraba a su mano como a un salvavidas.

Volvió a comprobar que no llevaba alianza... de hecho no llevaba joya alguna, aunque tenía agujeros en los lóbulos de las orejas.

La enfermera le había dado su reloj para que lo guardase, un reloj

barato, con la correa de plástico. Nada que indicase quién era su propietaria.

Unos minutos antes, Smith había comprobado los bolsillos de su pantalón para ver si llevaba algo que pudiese darle información. Pero solo encontró un caramelo y cincuenta centavos.

Eso sí, descubrió que la talla del pantalón era la 38, el sujetador una 85 y las zapatillas de deporte, del 37.

La camisa era de talla extra grande y Smith se preguntó si sería de algún hombre. Su marido, quizá.

A las dos y media de la mañana, Jessica se movió, inquieta. Parecía estar teniendo una pesadilla y sus gemidos le rompían el corazón.

-No pasa nada. Tranquila, estás bien.

Entonces ella abrió los ojos y, al verlo, sonrió.

-Tom, estás aquí -dijo en voz baja-. Debes de ser un ángel.

Apretó su mano y volvió a quedarse dormida.

Capítulo 2

Le dolía la cabeza. Y había tenido un sueño rarísimo. Jessica abrió los ojos y miró alrededor. Todo era tan blanco... ¿dónde estaba?

Le dolía todo, los brazos, las piernas... Cuando consiguió abrir los ojos del todo, vio que tenía una escayola en el brazo izquierdo. La cabeza de un hombre descansaba sobre su pierna y enseguida reconoció el cabello castaño rojizo. Y se le puso el corazón en la garganta. -¡Tom!

Pero no podía ser Tom. Tom estaba muerto. Había muerto dos años antes.

Sin embargo, cuando el hombre levantó la cabeza, eran los ojos verdes de Tom los que la miraban. Tan expresivos que telegrafiaban su estado de ánimo, como siempre. Pero eran claros y serenos, no llenos de dolor. Y su cuerpo era sólido y sano en lugar de... «¡Oh, Dios mío!».

-¿He muerto? ¿Estoy en el cielo?

-¿El cielo? ¿Qué dices? Estás en el hospital de Harlingen, Texas. ¿No te acuerdas?

Jessica parpadeó varias veces, intentando hacer desaparecer a aquel fantasma. Pero Tom no desaparecía y su corazón empezó a latir, acelerado.

-¿Por qué... estás aquí?

-Estoy aquí para buscar respuestas. ¿Quién eres?

-Soy tu mujer. ¿No me reconoces?

-Te vi por primera vez ayer, en la cafetería. No te había visto en toda mi vida. ¿A qué estás jugando?

El corazón de Jessica latía con tal fuerza, que casi le hacía daño.

-No sé de qué hablas.

Intentó incorporarse, pero se mareó y Tom tuvo que sujetarla.

-No te muevas. Tienes una vía en el brazo y debes descansar.

Aquellas manos grandes sobre sus hombros eran muy cálidas y reales. Incluso podía oler su colonia.

-Estás asustándome. Vete, Tom. Vete. Estás muerto.

Jessica cerró los ojos y se puso a rezar.

-No estoy muerto. Tócame -dijo él entonces, poniendo una mano sobre su cara-. Estoy vivo. Y no me llamo Tom.

Ella miró al hombre: los ojos verdes, el hoyito en la barbilla...

-Eres igual que Tom. Hablas igual que Tom. No entiendo lo que está pasando. ¿Quién eres?

-Soy Smith Rutledge. Smith Alian Rutledge, presidente del Consejo de Administración de la empresa de informática Smith, S.A. ¿Te suena de algo?

Jessica negó con la cabeza.

-No, pero yo tengo un ordenador portátil... ¿ese Smith?

-Ese mismo. ¿Y quién eres tú? ¿Quién es ese Tom del que hablas?

-Soy Jessica O'Connor Smith. Y Tom, Thomas Edward Smith, es... era mi marido. Eres exactamente...

Un hombre con bata blanca entró entonces en la habitación, seguido de una enfermera.

-Buenos días, Jessica. Soy el doctor Vargas. ¿Cómo te encuentras esta mañana? ¿Mejor?

-Me encuentro bien y quiero salir de aquí cuanto antes. No tengo seguro médico y esta habitación... La factura debe de ser astronómica.

El doctor Vargas sonrió.

-No te preocupes por la factura. He comprobado las pruebas que te han hecho y, excepto por la anemia, todo está bien. Puedes irte a casa, pero has de seguir un régimen. Es importante que comas alimentos ricos en hierro.

Ella levantó la mano escayolada.

-¿Qué me ha pasado?

-Te has fracturado la muñeca, pero estarás recuperada en menos de seis semanas. Para entonces haremos un nuevo análisis de hemoglobina.

-¿Seis semanas? Pero si yo no vivo aquí. Iba de paso a Brownsville... bueno, Matamoros. Pensaba dejar la caravana en...

-¿Conduces una caravana? ¿Tú sola? -preguntó el médico.

-Sí, claro.

-Yo no recomendaría que condujeses un vehículo tan pesado por ahora. Y con la anemia, deberías descansar durante al menos quince días.

-Pero no puedo quedarme aquí, doctor Vargas. No conozco a nadie y, además, tengo que trabajar...

Smith la interrumpió:

-Yo me encargaré de que haga lo que tiene que hacer, doctor.

-Ah, muy bien, señor Rutledge -sonrió el hombre dándole un golpecito a Jessica en la mano buena-. Nos veremos dentro de seis semanas.

Después se dio la vuelta y salió de la habitación.

-¿Cómo que tú te encargarás de todo? ¿Quién te crees que eres?

Smith sonrió entonces por primera vez.

-Pensé que ya te lo había dicho. Soy Smith Rutledge, el hombre que busca respuestas. Y pienso llevarte a casa conmigo.

-¡De eso nada!

No estaba segura de cómo la había convencido.

El director del hospital insistió en que Smith Rutledge era uno de los hombres más importantes de la ciudad, pero Jessica no tenía la más mínima intención de ir con él a ninguna parte.

Quizá las medicinas la habían dejado adormecida o quizá estaba perpleja ante su increíble parecido con Tom... El caso era que se encontró en el asiento delantero del deportivo de Smith Rutledge, con una almohada debajo del brazo y todas sus cosas en una bolsa de plástico.

-Estoy preocupada por mi caravana. Casi todo lo que tengo está allí y sigue aparcada delante de la cafetería.

-No te preocupes. Uno de mis hombres la ha llevado a mi finca.

Ella lo miró, atónita.

-¿De dónde has sacado las llaves?

-De ese bolso enorme que llevas.

-¿Has mirado dentro de mi bolso?

-Claro que sí. ¿Cómo si no iba a saber tu nombre?

Jessica iba a protestar, pero se lo pensó mejor. ¿Para qué discutir?

-¿Te duele la cabeza?

-Un poco. Soy muy sensible a los analgésicos y... además, todo esto es muy raro, como un sueño.

-Ya me lo imagino.

-Es increíble cómo te pareces a mi marido. Había oído que todo el mundo tiene un doble en alguna parte, pero no lo creía hasta ahora. Y qué coincidencia que nos hayamos conocido.

-Yo no creo en las coincidencias -replicó él, sin mirarla-. Y eso de los dobles es una tontería.

Atónita por la brusca respuesta, Jessica se quedó mirándolo un momento.

-Entonces, ¿cómo lo explicas? Eres exactamente igual que Tom.

-Yo no puedo explicarlo. Espero que lo hagas tú.

Estaban llegando a un enorme portalón de hierro sobre el que había un letrero que decía «Granja Sugartime». Un guarda les abrió la puerta.

-¿Cómo puedo explicar lo que yo misma no entiendo?

-Hablaremos más tarde. Ya casi hemos llegado.

-¿Dónde?

-A mi casa.

Jessica miró el camino rodeado de árboles. A lo lejos se veían inmensas plantaciones de árboles frutales.

-¿Todo esto es tuyo?

-Sí.

-¿Qué son?

-Naranjos, limoneros y pomelos.

-Mucho zumo, ¿no?

Smith asintió, sonriendo.

-Más de dos mil acres de terreno.

-Yo soy alérgica a los pomelos.

-¿Alérgica al polen?

-No, solo al zumo de pomelo. Se me hinchan los labios y me salen ronchas. Curiosamente no soy alérgica a los limones ni las naranjas. Solo a los pomelos -suspiró Jessica, apoyando la cabeza en la ventanilla.

-Pues lo siento. Porque los míos son los mejores del valle.

Smith detuvo el coche frente a una casa impresionante. De estilo español, con paredes de estuco y balcones de hierro forjado, parecía una mansión de Beverly Hills.

En el jardín, buganvillas, magnolias y todo tipo de flores. Frente a la casa, una fuente de piedra con tres caños.

-¡Qué maravilla!

-Gracias.

Jessica seguía mirando boquiabierta cuando él la ayudó a salir del coche. Le dolía todo al moverse, pero intentó no demostrarlo.

-Tienes que tomar otro analgésico. Espero que la enfermera ya haya llegado.

-¿Qué enfermera?

-La que va a cuidar de ti.

-¡Por favor! Otro analgésico es lo último que necesito. Y tampoco necesito una enfermera. Solo tengo una pequeña fractura en la muñeca.

-Y anemia. El doctor Vargas ha dicho que necesitas cuidados.

-¿Qué cuidados? Unas pastillas de hierro, un par de filetes de hígado y estaré como nueva. No me pasa nada.

-He aceptado supervisar tu recuperación y pienso hacerlo, Jessica.

-Pero...

-Vamos a tu dormitorio. Hablaremos más tarde.

-¡Un momento! ¿Nadie te ha dicho que mandas demasiado? -replicó ella, irritada. Smith sonrió. -Últimamente, no.

-Le tienen miedo al jefe, ¿eh? Pues deja que te diga una cosa: a mí no me gusta que me den órdenes. Puede que seas el dueño de una empresa millonada... pero no eres mi jefe, así que déjame en paz. Ni siquiera sé por qué he aceptado venir aquí.

-¿No me digas?

Sus palabras tenían un claro doble sentido, pero Jessica estaba demasiado mareada como para seguir discutiendo. Lo único que

deseaba era tumbarse y dormir durante cinco días.

Iba a dar un paso adelante, pero se tropezó.

-Cuidado -dijo él, tomándola del brazo.

Una mujer alta salió entonces de la casa.

-Hola, soy Kathy McCauley, su enfermera. Deje que la ayude.

-Estoy bien -insistió Jessica-. Solo un poco mareada por los calmantes...

Pero tropezó de nuevo y Smith la tomó en brazos.

-No estás bien.

-¡Suéltame! Estoy perfectamente.

-Deja de protestar. Además, pesas menos que una pluma.

-Eso no es verdad.

-Yo hago pesas y te aseguro que eres muy ligera.

Jessica dejó escapar un suspiro. Estaba demasiado cansada como para pelearse con él. Cuando apoyó la cabeza en su hombro, le pareció la cosa más natural del mundo.

Y se sentía segura. Por primera vez en años, se sentía segura.

Cuando estuvo instalada en su habitación y la enfermera la informó que se había quedado dormida, Smith se dirigió al granero. La caravana, un vehículo viejo que había visto días mejores, estaba aparcada a un lado del edificio.

Como ya había sido objetivo de algún timador, pensó llamar a su jefe de seguridad, pero decidió no hacerlo. Podría solucionar aquel asunto él sólito.

Smith vaciló solo un momento antes de abrir la puerta de la caravana. Debía registrarla si quería respuestas.

En un viejo arcón encontró tres pares de vaqueros, dos camisas, cinco camisetas, zapatillas de deporte... todo ropa usada y de poco valor, excepto unos vaqueros de diseño.

En un pequeño armario había un abrigo de cuero negro y una cazadora. También allí, en bolsas de plástico, vio dos trajes de chaqueta, un vestido y tres blusas de seda.

Él no sabía mucho de ropa femenina, pero parecían prendas caras. Sin embargo, no tenían etiquetas. «Qué extraño», pensó.

Además de unos zapatos de tacón había unos mocasines de ante y un par de modernas botas.

Encontró también cremas, productos de belleza... todos ellos baratos. Los únicos productos caros eran muestras gratuitas, sobre todo frasquitos de colonia.

Las únicas joyas: unos pendientes de oro, otros de plata y un broche en forma de mariposa.

Los armaritos de la cocina contenían cereales, mantequilla de

cacahuete, pan de molde, galletas y latas. Muchas latas. Si se alimentaba así, era lógico que tuviese anemia.

La colcha de la cama estaba hecha a mano y la almohada tenía una bonita funda de raso azul. Encima, un mono de peluche. El muñeco más horroroso que había visto en toda su vida.

Frente a la cama, pegatinas con frases de ánimo para empezar el día: «el que abandona pierde la carrera», «lo que tu mente puede concebir, tú puedes llevar a cabo». Y un viejo proverbio cherokee: «Que tu visión no se vea nublada por el miedo».

Eso estaba marcado en rotulador amarillo.

Debajo de la cama encontró un cajón con libros, una linterna, una máquina de coser y un costurero. Bajo el asiento de la cocina, un maletín cerrado, un ordenador portátil y una pequeña impresora.

Además de eso, cajas. Montones de cajas. Y la mayoría contenían bolsos. Había más bolsos que en una tienda. Casi todos eran del mismo estilo: mitad mochila, mitad bandolera, con varios bolsillos. Estaban confeccionados con tela vaquera o cuero negro y marrón.

Otros eran bolsitos de fiesta con flores bordadas, lentejuelas, cristalitos... Todos diferentes. Había material para hacer los bolsos y, por fin, cajitas pequeñas dentro de otras cajas. Eran de color crema y tenían un asa dorada de tela. En las tapas, el nombre de Jessica Miles escrito en letras doradas.

¿Quién demonios era Jessica Miles? Evidentemente, la creadora de los bolsos. Smith abrió la última caja: material de oficina. Además de folios, un libro de pedidos y tarjetas profesionales. Todas anunciando los bolsos de Jessica Miles, con una dirección de Oklahoma y una página web. Smith se guardó una en el bolsillo y metió algo de ropa en una bolsa.

Poco después salía de la caravana con la bolsa, el ordenador y el maletín. Cuando la Bella Durmiente despertase, lo sabría todo sobre ella.

Capítulo 3

Jessica abrió los ojos de golpe. Estaba absolutamente despierta. El problema era que no reconocía la habitación.

Nada le parecía familiar, pero en cuanto apartó el edredón, el dolor en la muñeca le recordó dónde estaba. Igual que la bata de hospital.

Entonces lo recordó todo. Smith Rutledge. El hombre que se parecía tanto a Tom. Y que se llamaba Smith de nombre, en lugar de apellido. Todo muy raro.

Encendió la luz y miró el despertador. Las ocho. ¿De la mañana o de la tarde?

Jessica miró alrededor. Los muebles eran de estilo español, las paredes estaban pintadas en color crema y el suelo era de baldosas color terracota.

El cabecero de la cama, de color amarillo pálido igual que las mesillas, era de madera muy clara, con un diseño de flores pintado en tonos verdes. Era el trabajo de un buen artesano. Un trabajo magnífico.

En ese momento se abrió la puerta de la habitación y entró una enfermera.

-Ah, ya está despierta. Iba a despertarla ahora mismo. El señor Rutledge no quería que se perdiese otra comida.

-¿Otra comida?

-Son casi las ocho y el señor Rutledge ha pensado que le gustaría cenar en la terraza. ¿Le apetece?

-Supongo que sí -murmuró Jessica-. Debo haber dormido tanto por los calmantes. Yo nunca tomo más una aspirina... Lo siento, no recuerdo su nombre.

La enfermera sonrió.

-Soy Kathy McCauley. ¿Quiere lavarse un poco?

-Sí, gracias.

Le temblaban un poco las piernas, pero consiguió apoyarse en el lavabo. Allí había un cepillo de dientes nuevo y un montón de cremas y productos de baño. Jessica se fijó en que también su neceser estaba allí.

-Rosa ha traído sus cosas de la caravana -le explicó la enfermera.

-¿Quién es Rosa?

-El ama de llaves. ¿Quiere que la ayude a cepillarse el pelo?

-Sí, por favor. Hacer cosas con la escayola me va a resultar difícil -suspiró ella, dejándose caer sobre un taburete forrado de raso.

-No se preocupe, enseguida se acostumbrará -sonrió Kathy.

-Me molesta no poder hacer las cosas por mí misma.

-Es normal, pero necesita unos días de descanso... Ya está. ¿Qué le parece?

Jessica se miró al espejo.

-Muy bien. Debería hacerse peluquera.

-Lo soy. Tengo tres hijas -rió la enfermera-. Espere, voy a traerle un albornoz. Por cierto, mientras estaba dormida he ido a comprar un par de vestidos de manga ancha para que no tenga problemas con la escayola. También he comprado zapatillas y un par de cosas más.

Cuando volvió, llevaba en la mano un camisón azul con bata a juego.

-Kathy, yo no puedo pagar eso. Pero si debe haber costado una fortuna... Prefiero ponerme una camiseta y un pantalón de deporte.

-No tiene que pagármelo. Lo he cargado a la cuenta del señor Rutledge. Tiene mucha suerte de que esté loco por usted. Además de guapísimo es el hombre más rico del valle. Y le aseguro que estas compras no han hecho mella en su cuenta corriente.

-¿Loco por mí? ¿De qué está hablando?

-Vamos, vamos... el pobre ha estado pegado a su cama hasta que volví de compras. Venga, póngaselo.

El camisón azul era como un sueño. Y la bata, con mangas de kimono y cuello cerrado, la hacía sentir elegante incluso con aquella estúpida escayola. Kathy insistió en que se pusiera un poco de colorete y brillo en los labios.

-¿Lo ve? Con un poquito de color está fabulosa. ¿Dispuesta a cenar?

-Más que dispuesta, hambrienta. ¿Usted va a cenar con nosotros?

-De eso nada -sonrió la enfermera-. Pienso dejarlos solos.

Smith Rutledge tenía los pies apoyados en la barandilla de la terraza. Al verlo, Jessica se sorprendió de nuevo. Era increíble. A Tom también le gustaba hacer eso. Solía regañarlo porque se estropeaba las botas... pero las botas de su marido no eran tan caras como las que llevaba Smith. Al oír sus pasos, él se levantó.

-Estás muy guapa.

Jessica tocó su trenza y se volvió hacia Kathy... pero Kathy había desaparecido.

-Gracias. No sé cuándo podré pagarte todo esto. Puede que tarde un poco. Mi negocio...

-¿Tienes problemas económicos?

-Me temo que sí. Acabamos de empezar.

-¿Acabamos?

-Mi socia y yo. Shirley Miles.

-Ah, de ahí el nombre de Bolsos Jessica Miles. Has combinado tu nombre y el apellido de tu socia.

-¿Cómo sabes lo de Jessica Miles?

-Pues... encontré una tarjeta cuando sacaba tus cosas de la caravana.

-Pensé que había sido Rosa.

-Las saqué yo. Rosa las llevó a tu habitación -explicó Smith, apartando una silla.

Que él hubiera estado mirando entre sus cosas la hizo sentir incómoda. Pero intentó disimular tomando un sorbo de zumo de naranja.

-Está muy rico.

-Gracias. Es de mi plantación de naranjos valencianos.

-¿No son naranjas autóctonas?

-Las autóctonas maduran antes, las valencianas en febrero y duran hasta abril o mayo. Es una pena que no puedas tomar pomelo. Los que quedan ahora en los árboles son muy dulces.

-Ya te conté lo de la alergia...

-Sí, lo sé. Pero se supone que el zumo de naranja hace que se asimile mejor el hierro de los alimentos... y cuanto más fresco, mejor. Así que tómatelo todo -sonrió Smith, sirviéndole una enorme porción de ensalada de espinacas-. Las espinacas contienen mucho hierro.

-Si me como todo esto, podrás levantarme con un imán.

-¿Me he pasado?

-Un poquito.

-Come lo que puedas y deja el resto. Ric llegará enseguida con el segundo plato.

Comer con la mano derecha le resultaba difícil. Y hacerlo con él mirándola, imposible.

-Es que me resulta incómodo... soy zurda.

-No te preocupes. Háblame de tu negocio. ¿Coma empezaste?

-Shirley y yo habíamos hablado de ello muchas veces. Eramos profesoras en el mismo instituto y queríamos ganar más dinero del que se gana en la enseñanza, así que decidimos abrir un negocio. Como yo solía diseñar mis propios bolsos, nos pareció que merecía la pena intentarlo.

-¿Eres profesora?

-Sí, de dibujo.

-¿Y has dejado el instituto?

-He pedido excedencia durante un año. Shirley tiene dos niños, así que decidimos que ella llevaría las cosas desde casa y yo me tiraría a la carretera.

-¿Para qué?

-Para buscar mercados. He visitado cientos de boutiques. Nuestro modelo ergonómico es el más solicitado...

-¿Modelo ergonómico?

Jessica sonrió.

-Es una idea que se me ocurrió cuando Shirley se hizo daño en la espalda. Hay otros en el mercado, pero yo creo que el mío es un buen diseño... además, cuesta más barato.

-¿Y los hacen en una fábrica?

-El marido de Shirley tiene una tapicería y su equipo es el que hace el trabajo. El bolso ergonómico está diseñado para que puedas meter de todo sin que pese demasiado. Así no te duelen ni los hombros ni la espalda.

-Qué interesante. Tendrás que explicarme cómo funciona.

-A tu novia le gustaría tener uno. Incluso puedo bordar su nombre o sus iniciales si quieres. ¿Prefieres tela vaquera o cuero?

-No tengo novia.

-¿Un hombre tan guapo como tú? -sonrió Jessica-. No me lo creo.

-Pues es verdad.

-¿Y qué tal tu secretaria o las chicas de tu oficina? Esos bolsos son un buen regalo de Navidad...

Smith levantó las manos en señal de rendición.

-De acuerdo. Quiero una docena.

-Ojalá todas las ventas fueran tan fáciles -rió ella.

-¿El negocio no va bien?

-No va mal, pero es difícil hacerse con una cartera de clientes. Sobre todo, para los bolsos de fiesta. Esos son los que dan más dinero. Son creaciones únicas que quiero vender en boutiques exclusivas y... -Jessica se mordió los labios-. Tenemos contratado un stand en la feria de Dallas para mediados de abril y debo terminar el inventario, pero no sé cómo voy a hacerlo con esta escayola.

-No te preocupes, todo se arreglará.

-Pero es que tenemos otro stand en Corpus Christi el fin de semana que viene y en Houston después de eso. Y, además, tengo que localizar a una mujer en Matamoros -dijo ella entonces, con expresión angustiada.

Un joven apareció en ese momento con una bandeja.

-Gracias, Ric. ¿Has terminado tu ensalada, Jessica?

Ella asintió, sorprendida al ver que casi se la había comido toda.

Ric sirvió el segundo plato y desapareció.

Era un filete de hígado encebollado.

-Mucho hierro, ¿eh?

-Según el médico, esto es lo que debes comer.

Ella odiaba el hígado, pero no quería insultar a su anfitrión. De modo que atacó el filete, tomando la mayor cantidad posible de puré de patatas para pasar el trago.

-Te agradezco mucho lo que estás haciendo por mí. Pero no te preocupes, me marcharé mañana.

-El médico ha dicho que no deberías conducir. Y no creo que puedas llevar la caravana con una mano escayolada.

-Podría quedarme en casa de Shirley...

-O podrías quedarte aquí.

-¿Durante seis semanas? No puedo hacer eso. Ni siquiera nos conocemos y...

-El vino también es bueno para la anemia. ¿Quieres una copa?

-No bebo, gracias.

-Yo tampoco suelo beber -suspiró Smith-. Háblame de Tom.

Jessica dejó el tenedor sobre el plato.

-El sí bebía.

-¿Tenía un problema con el alcohol?

-La noche del accidente había estado viendo un partido con sus amigos y... bebió demasiado. Por eso chocó contra un muro cuando volvía a casa.

-¿Murió?

Ella negó con la cabeza.

-Se lesionó la espina dorsal. Murió de neumonía un año después.

-Lo siento.

-Gracias -murmuró Jessica, intentando tomar otro bocado. Pero le resultaba imposible-. No puedo comer más.

-¿Ni siquiera el postre?

-Aunque fuera de chocolate.

-Creo que es un pastel de albaricoque. Ya sabes que los albaricoques son muy...

-Ricos en hierro -terminó ella la frase.

-Cuéntame más cosas de Tom. ¿A qué se dedicaba?

-¿Antes del accidente?

-Sí, claro.

-Tenía un taller de reparación de ordenadores en Bartlesville... allí es donde vivíamos. Era un genio de los ordenadores. Y también teníamos una granja con jardín y un pequeño huerto. Tom podía plantar cualquier cosa y crecía enseguida... incluso rosas. Teníamos un rosal precioso. Y le encantaba montar a caballo. No poder hacerlo fue para él... -Jessica no terminó la frase, ahogada por los dolorosos recuerdos-. Lo siento, pero estoy muy cansada. ¿Te importa si voy a

mi habitación?

Smith se levantó.

-Perdona. Debería haberme dado cuenta de que todavía estás convaleciente. Pero, como puedes imaginar, estoy muy interesado en ese hombre que tanto se parece a mí. Deja que te acompañe.

Jessica no discutió. Estaba cansada, y hablar de Tom era lo último que deseaba hacer. Ya había sufrido demasiado.

-Espero que puedas perdonarme si te hago un par de preguntas más sobre tu marido. ¿Tenía familia?

-Su madre, murió hace varios años y su abuela tiene Alzheimer. Está en una residencia y ya ni siquiera me reconoce. A veces me llama Ruth... así se llamaba la madre de Tom.

-Ya veo. Espera, voy a llamar a Kathy.

-No hace falta, gracias.

-¿Segura?

-Segura.

Con desgana, Smith salió de la habitación. Ella sabía que deseaba hacer más preguntas sobre Tom, y era lógico. Pero estaba demasiado cansada y no quería recordar el pasado. Ya era suficientemente extraño mirar a Smith y ver a su difunto marido. Casi podrían haber sido hermanos gemelos.

Pero eran personas muy diferentes. Su forma de moverse, su comportamiento... era difícil describir las diferencias. Y pensar en ello hacía que le doliese la cabeza.

Smith se quedó mirando la fotografía en la pantalla del ordenador. La fotografía de Tom y Jessica. La había escaneado... de hecho, había escaneado toda la información que encontró sobre Jessica O'Connor Smith, incluso el carné de la biblioteca.

Usando el ratón, encontró la guía de teléfonos de Bartlesville y buscó a Shirley Miles y Tapizados Miles. Ambos existían. De modo que, si estaba intentando estafarlo, tenía montada una buena intriga.

Pero cuanto más la conocía, menos podía creer que fuese una timadora. Parecía una persona seria y decente.

De nuevo volvió a sacar la fotografía.

-¿Eres mi primo? -murmuró-. ¿Podrías ser... mi hermano? Te llamas Smith. Yo me llamo Smith. ¿Cuál es la conexión?

Su madre le había dicho que le puso ese nombre por una película en la que el guapísimo protagonista se llamaba así. Pero, ¿sería cierto? Smith se quedó pensativo. ¿Su hermano? Se suponía que su hermano era Kyle Rutledge. Pero no lo era.

Capítulo 4

Smith no había visto a nadie de su familia en más de tres años. Y las cosas seguirían igual si Kyle no hubiese aparecido en su oficina unos meses antes, pillándolo desprevenido.

-Señor Rutledge... su hermano ha venido a verlo.

Smith apretó el auricular.

-¿Mi hermano?

-Dice que es su hermano, Kyle Rutledge. Alto, rubio, guapo, con una sonrisa de cine. ¿Le digo que pase?

Smith vaciló. Mirna era demasiado bocazas. Si no fuera tan buena secretaria, la habría despedido mucho tiempo atrás. Y como Kyle sabía que estaba en el despacho, no tenía más remedio que verlo.

-Dile que pase -suspiró por fin, sacando un montón de papeles del cajón para parecer muy ocupado.

Había perdido interés en la empresa; de modo que, unos meses antes, contrató un nuevo director general y se ascendió a presidente. Desde entonces no tenía mucho trabajo.

Kyle entró sonriendo de oreja a oreja.

-Hola, Smith.

-¿Qué demonios haces aquí?

-Como no me devuelves los mensajes, he venido para comprobar si seguías vivo. Me alegro de verte -sonrió su hermano. Cuando iba a darle la mano, Kyle le dio un abrazo de oso-. Ha pasado mucho tiempo.

Smith intentaba mantenerse reservado, pero se alegraba de ver al hombre con el que había crecido.

-¿Cómo trata la vida al famoso cirujano plástico?

-Muy bien. Irish y yo no podemos quejarnos. La clínica de Dallas no podría ir mejor y vamos a tener un hijo.

-¿Un hijo? Eso es fantástico. Siéntate y cuéntamelo todo. Siento haberme perdido tu boda... Tenía que ir a China y no podía librarme del viaje. Ya sabes cómo son los negocios.

Kyle se sentó frente al escritorio haciendo una mueca.

-Pensé que estabas en el hospital. Un accidente de moto, ¿no era eso?

-Sí, bueno, es verdad... Lo del viaje a China fue en la boda del primo Matt. ¿Quieres un café?

Su hermano negó con la cabeza.

-No, gracias. He tomado dos en el avión.

-¿Un zumo de naranja?

-Nada, gracias. Nada, excepto algunas respuestas.

-¿Sobre qué? -preguntó Smith, intentando disimular. Pero tenía un nudo en el estómago.

-Sobre qué pasa contigo. Durante los últimos tres años nadie te ha visto el pelo. No llamas, no escribes, no apareces en ninguna de las fiestas familiares... Envías postales y flores, pero es como si no quisieras saber nada de nosotros. El abuelo Pete está preocupado y aunque papá te excusa por todo, te aseguro que también lo está. Y cada vez que alguien menciona tu nombre, a mamá se le llenan los ojos de lágrimas. ¿Qué pasa, Smith?

-Nada -contestó él-. Es que tengo mucho trabajo, ya lo sabes. Hay que trabajar mucho para dirigir una de las empresas de informática más importantes del país... por no hablar de las plantaciones de cítricos. ¿Sabes que es la empresa que ha creado más empleos en esta zona de Texas?

Kyle sonrió.

-A mí no tienes que venderme tu empresa, Smith. Compré acciones cuando salieron al mercado.

-¿Ah, sí?

-Sí. Y pensaba que tendrías más tiempo libre desde que decidiste contratar a un nuevo director general.

-Tengo menos trabajo, pero sigo muy ocupado.

-Papá y mamá agradecerían una llamada de vez en cuando. Y el abuelo también. ¿Qué ha pasado, Smith? Tú y yo nos llevábamos muy bien.

-La vida, Kyle. Así es la vida. Las cosas no son tan sencillas como cuando éramos pequeños.

-Lo sé -suspiró él-. ¿Tienes tiempo para comer con tu hermano? Vuelvo a Dallas en el avión de las cinco.

Smith miró su reloj.

-Sí, claro. Voy a llamar a Rosa para que prepare algo. Así te enseñaré la plantación.

Aquella tarde, durante un par de horas, volvieron a ser hermanos de nuevo. Riendo, contándose cosas, compensando el tiempo perdido.

Cuando terminaron de comer, Kyle se apoyó en la barandilla de la terraza.

-Veo que estás muy enganchado con este valle.

Smith se encogió de hombros.

-Me gusta mucho, sí.

-Tienes una casa muy bonita. Me recuerda a la que Jackson compró en Austin.

Jackson y Matt Crow eran sus primos, con los que se habían criado en Dallas.

-¿Jackson vive en Austin?

-Sí. Está en la Comisión de Transportes.

-¿Jackson trabajando en la administración?

Kyle sonrió.

-Es que se ha enamorado. Y ya sabes que el amor nos obliga a hacer cosas raras. Creo que va a casarse dentro de poco, en cuanto convenza a Olivia. Parece que todos los nietos de Cherokee Pete están cayendo en la trampa... excepto tú. ¿O me equivoco? ¿Por eso no hemos vuelto a verte?

Smith negó con la cabeza.

-No tengo tiempo para novias -murmuró, mirando su reloj-. Si tienes que tomar un avión, será mejor que te lleve al aeropuerto.

En el aparcamiento, Kyle dudó un momento antes de bajar del coche.

-No sé mucho más que antes de venir... excepto que pareces estar muy sano. Sé que te pasa algo, pero no puedo ayudarte a menos que me lo cuentes, Smith. Puedes llamarme cuando quieras. Te quiero mucho, hermanito. Siempre te querré. Y, por favor, llama a mamá de vez en cuando.

Smith asintió con la cabeza. No se atrevía a decir nada. Cuando Kyle salió del coche, sintió como si tuviera un agujero en el pecho. Estaba triste, más que nunca.

Había estado a punto de contarle la verdad, pero no quería complicar las cosas.

Habría sido tan sencillo... Solo tenía que preguntarle qué grupo sanguíneo era, aunque ya lo sabía. Kyle era AB negativo, como su padre. Un grupo sanguíneo muy raro. Smith era O positivo, un grupo común que pensaba debía compartir con su madre.

Pero tres años antes comprobó que su madre era A negativo.

Kyle y él no eran hermanos. Y tampoco era hijo natural de sus padres. Imposible.

Había consultado con una docena de expertos en el campo de la genética. Era imposible estar emparentado con su supuesta familia.

Smith volvió a la oficina sintiéndose peor que nunca. Pensaba que casi lo había olvidado, pero la visita de Kyle hizo que lo recordase todo otra vez... aunque nunca pudo olvidarlo.

Mirna levantó la mirada del teclado al verlo entrar.

-Buenas tardes, señor Rutledge. Espero que lo haya pasado bien. Es difícil creer que el doctor Rutledge sea su hermano... No se parecen en nada. Él es rubio, usted tiene el pelo castaño. Él tiene los ojos azules, usted verdes...

-Kyle se parece a su padre -la interrumpió Smith.

-Entonces, usted debe parecerse a su madre.

-¿Quién sabe? -murmuró él, cerrando su despacho de un portazo.

No había vuelto a saber nada de Kyle ni de su familia desde entonces.

No sabía quiénes eran sus padres naturales y no podía preguntar. Tres años antes, cuando tuvo pruebas de que no podía ser un Rutledge, interrogó a su familia. Su madre empezó a llorar y su padre amenazó con echarlo de casa por darle ese disgusto.

Smith intentó hablar con el abuelo Pete y su tía Anna Crow, la madre de Jackson y Matt. Los dos negaban saber nada del asunto. Se habían unido a la conspiración de silencio.

De hecho, Anna le dijo que eso de ser adoptado era una idea ridícula.

-Sara es tu madre natural, Smith. Yo la visité en Saint Louis cuando estaba embarazada de seis meses y sigo teniendo el anuncio de tu nacimiento tres meses más tarde. Está en un álbum.

A pesar de lo que dijo su tía, Smith sabía que la historia de su nacimiento era una elaborada mentira. Tenía los documentos que lo probaban. Los hechos eran indiscutibles.

Durante treinta y cuatro años había vivido una mentira. No podía soportarlo y por eso decidió no volver a casa. Ni en Navidad, ni a la boda de Kyle, ni a la de Matt...

Enviaba regalos extravagantes junto con una nota de disculpa, pero no había vuelto a hablar con nadie. Ni siquiera con Cherokee Pete, aquel viejo al que adoraba, después de que se hubiera negado a contarle la verdad.

Su sitio en aquella casa había cambiado de forma irrevocable. No era su familia. No sabía quién era.

Y la única persona que lo sabía no quería decírselo.

Smith miró de nuevo la fotografía de Jessica y Tom en la pantalla del ordenador.

No, Kyle Rutledge no era su hermano. Pero ni siquiera Mirna podría negar que Tom Smith sí lo era.

El parecido era tan increíble, que no podía ser accidental. Y era una fotografía auténtica, no un montaje. Tom y él estaban emparentados. Tenían que estarlo.

«Mi familia. Él era mi familia», pensó.

Y había llegado demasiado tarde.

Apagando el ordenador de un zarpazo, Smith se levantó y se dirigió a los establos.

Jessica O'Connor Smith tenía la llave de su pasado. Estaba completamente seguro.

Y quería respuestas. No pensaba abandonar hasta que, de una vez por todas, supiera todo lo que quería saber.

No podía atarse los cordones de las zapatillas. Frustrada, Jessica tiró una de ellas al otro lado de la habitación, justo cuando Kathy abría la puerta.

-¡Uy! -exclamó cuando la zapatilla pasó por encima de su cabeza-. Estamos teniendo una pataleta, ¿eh?

Jessica soltó una carcajada.

-¿Has intentando alguna vez atarte los cordones de la zapatilla con una sola mano?

-Es un rollo, lo sé. Iré a comprarte unas sandalias o unos zuecos. Así estarás más cómoda. Pero Rosa o yo podemos ayudarte, no tienes que hacerlo sola.

-No me gusta depender de nadie. Y no necesito una enfermera... aunque agradezco mucho tu ayuda, Kathy. Pero ya estoy bien.

-Yo tampoco creo que me necesites, pero el señor Rutledge insiste en que me quede unos días. Y con lo que me paga, espero que me aguantes un poquito más -sonrió la mujer-. Con ese dinero casi puedo pagar la universidad de mis hijas.

-Ah, en ese caso... -dijo Jessica con una sonrisa.

-Siéntate, voy a arreglarte el pelo. Parece que no has dormido bien, ¿eh?

Ella negó con la cabeza. Había dormido fatal. La imagen de Smith Rutledge aparecía en sus sueños constantemente. Tenía tantas de las cualidades que había admirado en Tom... y ninguno de sus defectos.

Era lo que Tom podría haber sido si no se hubiese equivocado de camino. Además, Smith era un hombre muy atractivo... y ella llevaba sola mucho, mucho tiempo.

-Cuéntame qué sabes de Smith.

-¿Además de que es muy rico?

-Sí, además de eso.

-No sé nada sobre su vida privada, solo lo que he leído en los periódicos. Dona millones a hospitales y causas benéficas... pero supongo que eso ya lo sabes.

-No. La verdad es que no sé nada de él.

Kathy estaba a punto de decir algo cuando llamaron a la puerta.

-¿Sí?

Smith asomó la cabeza en la habitación. De nuevo, como cada vez que lo veía, Jessica se sorprendió ante el increíble parecido con su marido.

-¿Lista para desayunar?

-Lista -contestó Kathy por ella-. Ya está.

Jessica se levantó, estirándose la camiseta.

-No tengo mucha hambre, pero me gustaría tomar una taza de café. ¿Quieres tomar uno, Kathy?

-No, gracias. Ya he desayunado y tengo que ir a comprar unas cosas.

Smith rozó su espalda mientras la acompañaba al patio; el roce la hizo sentir un escalofrío. Una reacción extraña... aunque debía admitir que, además de guapo, tenía algo que la atraía poderosamente.

Siempre le habían gustado los rasgos de Tom, pero a su marido le faltaba la seguridad de Smith, aquella confianza en sí mismo que lo hacía aún más atractivo.

Tom siempre tuvo un aire abatido, no cobarde, más bien resignado a su suerte y furioso por ello.

Smith la llevó hasta una mesa al lado de la piscina. Allí la esperaba un bol lleno de fresas y un enorme vaso de zumo de naranja.

-¿Y el café?

-Lo tomaremos más tarde. Los expertos en nutrición dicen que la cafeína interfiere con la absorción de hierro. Jessica levantó una ceja.

-Es posible, pero me anima mucho. No puedo hacer nada si no tomo un par de tazas de café.

-Tomaremos café después de desayunar.

-Qué mandón eres.

-Eso es verdad -rió Smith-. Cómete las fresas. Y luego puedes tomar cereales con pasas y nueces, o una tortilla de jamón y queso.

-Prefiero un croissant y una taza de café.

-Lo siento, pero no es posible.

-Pues entonces, cereales. Por cierto, he usado el teléfono. Espero que no te importe. Me había quedado sin batería en el móvil y tenía que hablar con Shirley.

-¿Tu socia?

Ella asintió.

-Te pagaré la llamada.

-No hace falta.

Jessica iba a discutir, pero decidió no hacerlo. Después de desayunar, cuando se había comido todos los cereales, las pasas y las nueces, Smith le sirvió una taza de café.

-Ah, gracias. Por fin.

Mientras tomaban el café, lo observó detenidamente. Smith era más musculoso que Tom, pero tenía el mismo mentón cuadrado, el mismo hoyito, el mismo color de piel, los mismos ojos. Llevaba el pelo mejor cortado, pero era del mismo tono castaño rojizo del que tanto se quejaba su marido.

Y su voz... si cerraba los ojos podría creer que era Tom. Eran tan parecidos y, sin embargo, entre ellos había enormes diferencias.

Smith le sirvió una segunda taza de café.

-Háblame de él.

-¿De quién?

-Tom. Sé que estabas pensando en él, comparándonos.

-¿Qué quieres saber?

-Quiero saber quiénes eran sus padres, cómo creció, esas cosas...

Jessica observó el sol jugando con el agua de la piscina.

-No conoció a su padre y su madre no quería hablar de él. Cuando ella murió, Tom tenía siete años y se fue a vivir con su abuela en Bartlesville. Cuando le preguntaba por su padre, ella solo le decía: «era uno de esos hippies con los que se fue a vivir. A saber quién de ellos era tu padre».

Smith hizo una mueca.

-¿Le decía eso a un niño?

-La abuela Lula era una mujer amargada. La verdad, a Tom le habría ido mejor si se hubiera criado en un orfanato, como yo.

-¿Tú creciste en un orfanato?

-Desde los cinco años. Supongo que eso fue lo que nos unió... los dos tuvimos una madre alcohólica. Afortunadamente, mis padres adoptivos me ayudaron a sobrellevarlo. La abuela de Tom, todo lo contrario.

-¿Su madre era alcohólica?

-Y drogadicta, creo. A Tom no le gustaba hablar de eso pero, por lo que sé, vivían casi de la caridad y cambiaban de ciudad continuamente. Incluso pasaron hambre.

Smith se pasó una mano por el pelo, nervioso.

-Qué horror.

-Al menos su abuela le dio de comer y lo llevó al colegio. Tom era muy inteligente.

-¿Fue a la universidad?

-Consiguió una diplomatura en informática mientras trabajaba en cien mil oficios. Yo quería que terminase los dos años que le quedaban para la licenciatura, pero ya tenía su negocio de reparación de ordenadores y no le apetecía. Además, estábamos prometidos.

-¿Cuánto tiempo estuvisteis casados?

-Siete años. Salíamos juntos desde el instituto, y nos casamos en la capilla de la facultad el día que yo me gradué en la universidad de Bellas Artes. Shirley y su marido fueron nuestros testigos. No fue una gran boda, pero éramos felices... entonces. Tengo una fotografía en mi monedero.

-La he visto. ¿Cuántos años tenía cuando os casasteis?

-Pues... yo tenía veintidós, así que él debía tener veintiocho.

-¿Cuántos tenía cuando murió?

Jessica apartó la mirada. No quería hablar de Tom, no quería recordar aquellos años de nuevo, pero entendía su interés.

-Treinta y cinco.

-¿Cuándo murió?

-Hace dos años, en Navidad.

-Entonces ahora tendría... treinta y siete -dijo él, mirándola de una forma muy rara-. ¿Qué día era su cumpleaños?

-El dieciséis de junio.

Smith, pálido, dejó caer la taza sobre el plato.

Capítulo 5

Era como si se le hubiese caído la casa encima. ¿Cómo podía ser?

-¿Qué ocurre? -preguntó Jessica.

-El dieciséis de junio es mi cumpleaños. Y tengo treinta y siete.

-Pero, entonces, Tom y tú seríais...

-Mellizos -dijo Smith, con los labios apretados-. Dame la fecha exacta del accidente y de la muerte de Tom.

Sabía que Jessica tendría preguntas que hacer, pero no estaba preparado para hablar. Antes tenía que digerir todo aquello. Y comprobar los datos. Smith Rutledge no era ningún tonto.

Sin embargo, mientras se dirigía al ordenador, sabía... sabía. Había sabido siempre que parte de su vida estaba perdida.

No tardó mucho en verificar que Thomas Edward Smith murió en Oklahoma. Después de un par de llamadas, recibió un correo electrónico con la esquela que apareció en el periódico de Bartlesville, en el que nombraban a su viuda, Jessica O'Connor Smith, y a su abuela Lula Jane Smith. Un tal Mack Miles había sido el portador del féretro.

Un artículo publicado sobre el accidente mostraba una motocicleta destrozada y mencionaba que Thomas Smith volvía de una fiesta en casa de sus amigos. Y el muy imprudente no llevaba casco.

Smith, con la cabeza entre las manos, lanzó una maldición. Él también tuvo un accidente de moto... cuando Kyle se casó. Un conductor borracho lo echó de la carretera, pero él llevaba casco. A él no le pasó nada, pero Tom se había roto el cuello y lo llevaron a un hospital de Tulsa en estado muy grave.

Durante varios minutos, Smith se quedó mirando por la ventana, observando cómo el viento movía las ramas de los árboles. Pensaba, le daba vueltas a la información, intentando encontrarle sentido.

Si Tom y él eran hermanos, ¿por qué los separaron?

Maldijo a sus padres por no decirle la verdad. Si lo hubiera sabido diez años antes... si se lo hubieran dicho unos días antes del accidente, Tom podría estar vivo. Y su vida habría sido diferente.

Por fin volvió a la pantalla del ordenador y buscó otro artículo en el periódico de Bartlesville: el anuncio de la boda de Tom y Jessica. En él mencionaban que ella había ganado el premio de profesora del año.

El último artículo fue publicado dos años antes: los profesores del instituto habían organizado una tómbola con objeto de recaudar dinero para pagar los gastos médicos de Tom.

¿Una tómbola? Por Dios bendito. Cuando él podría haber pagado todas las facturas... Smith se levantó y salió del estudio.

Si Jessica estaba sorprendida, podía imaginar lo que sentía Smith.

Hubiera deseado consolarlo, hablar con él, pero si se parecía a Tom, no agradecería ese gesto. Quizá era un rasgo típicamente masculino, pero su marido nunca hablaba de las cosas que lo preocupaban. La dejaba fuera. Salía de la casa y bebía para olvidar. Bebía mucho. Por eso lo dejó.

Si Smith hubiera sido un hombre dado a la bebida se habría emborrachado. En lugar de eso, ensilló a Río y cabalgó durante toda la mañana. Después subió al gimnasio que había instalado encima del garaje y estuvo levantando pesas hasta que no pudo más.

Con la cabeza a punto de explotar, bajó a la piscina y, después de desnudarse, se tiró al agua de cabeza.

Jessica, detrás de la cortina, lo observaba nadar. Llevaba veinte largos y no parecía tener ganas de dejarlo.

Había estado a punto de salir a tomar el sol cuando lo vio quitarse los pantalones y lanzarse al agua. Como profesora de dibujo, licenciada en arte y mujer casada, el cuerpo desnudo de un hombre no le resultaba nada extraño, pero Smith no era cualquier hombre. Tenía el cuerpo de un atleta griego.

Duro, musculoso, magnífico.

Debería haberse dado la vuelta, pero no lo hizo. Hipnotizada por el cuerpo bronceado, se quedó mirando mientras se desnudaba y se tiraba al agua. El no la había visto, de modo que dio un paso atrás y quedó medio escondida por la cortina.

Aunque tenían un cuerpo parecido, había una gran diferencia entre el cuerpo de Smith y el de Tom. Jessica no recordaba sentirse tan... excitada por el cuerpo de su marido, ni siquiera durante los primeros meses del matrimonio. Verlo desnudo le producía una quemazón en el vientre... Ese pensamiento hizo que se pusiera colorada. Se estaba excitando solo con mirarlo.

Sintiéndose como una mirona, salió de la habitación. Las cosas eran demasiado complicadas y, cuanto antes se fuera de aquella casa, mejor.

Tenía cosas urgentes que hacer en Matamoros.

Jessica no volvió a ver a Smith hasta el día siguiente, en la piscina. Aunque fue amable con ella, apenas dijo una palabra mientras desayunaban.

Cada vez que lo miraba, recordaba su cuerpo desnudo; de modo que intentaba no mirarlo.

Pero eso no la ayudó nada. ¿No había estado toda la noche obsesionada con él?

Aquello era ridículo. Solo debía anunciarle que tenía trabajo y

marcharse de allí.

Pero no podía hacerlo. En lugar de eso, comía su tortilla francesa sin decir nada.

Cuando terminaron de desayunar, Smith sirvió café para los dos.

-He verificado...

-Me marcho -dijo Jessica al mismo tiempo.

-Perdona. Sigue.

¿Por qué estaba tan nerviosa? Ella nunca había tenido ningún problema para expresarse.

-Iba a decir que, aunque agradezco todo lo que has hecho por mí, tengo mucho trabajo y debo irme hoy mismo. Tengo que...

-No -la interrumpió Smith.

-Tengo que irme. Tengo que ir a Matamoros inmediatamente. Es muy importante que me entreviste con una mujer que vive allí.

-No puedes conducir.

-Puedo contratar a un conductor. Ayer hice un par de llamadas y...

-¿Por qué es tan importante que hables con esa mujer?

-Es la señora López, una mujer que solía trabajar en la tapicería de Mack. Ella es la que borda las lentejuelas en los bolsos y hace un trabajo delicadísimo. Necesito encargarle varios más. El problema es que se ha cambiado de casa y no he podido ponerme en contacto con ella ni por teléfono ni por correo electrónico. Estoy segura de que alguno de sus vecinos en Matamoros podrá decirme dónde está.

-Si tienes que ir, yo te llevaré. Matamoros es una ciudad grande y nada segura para una mujer sola.

-Pero supongo que tendrás cosas más importantes que hacer que llevarme allí.

-No tengo nada que hacer. ¿Cuándo nos vamos?

Jessica miró su reloj.

-¡Maldita sea!

-¿Algún problema?

-Se me ha parado el reloj.

-¿Necesitas una pila nueva?

-Probablemente, pero una pila costaría lo mismo que un reloj nuevo. Tendré que comprar otro.

-Puedes hacerlo en la frontera con México. ¿Estarás lista en una hora? Suspirando, ella aceptó. -Puedo estar lista en quince minutos.

Hablaron sobre Tom durante el viaje hasta la frontera. Smith quería conocer todos los detalles de su vida.

-¿Tus padres no te dijeron que tenías un hermano mellizo? Me pregunto por qué no os adoptaron a los dos.

Jessica vio que Smith apretaba el volante con fuerza.

-No me dijeron nada. Ni siquiera sabía que había sido adoptado hasta hace tres años. Y mi familia sigue sin admitir que Sarah Rutledge no es mi madre.

-¡Por Dios bendito! Qué horror. ¿Cómo averiguaste que ella no era tu madre natural?

Smith le contó la historia.

-Pero ni siquiera, teniendo pruebas irrefutables, quisieron decirme la verdad.

-¿Tus padres te maltrataron?

-No, por Dios. Fueron unos padres maravillosos. Nunca he dudado de que me querían tanto como a Kyle, y nos criaron sin hacer diferencia alguna. Tuve una infancia maravillosa... todo lo que un niño hubiera podido desear.

-Pues entonces dale gracias a tus padres, Smith. Te lo aseguro, es terrible para un niño criarse en una casa en la que no recibe amor. Tom y yo te habríamos cambiado el sitio sin dudarlo. Por la razón que sea, tus padres quieren mantener en secreto que eres adoptado, pero eso ya es historia. Olvídalo. Como mi padre adoptivo me dijo una vez: «mirar atrás demasiado solo te dará dolor de cuello».

-Suena como mi abuelo Pete... siempre tiene un dicho para cada ocasión.

Jessica iba a replicar, pero se lo pensó mejor. Smith tenía una herida en el corazón, estaba claro. Y tardaría tiempo en curar.

Viajaron en silencio durante varios kilómetros. Evidentemente, estaba resentido con sus padres, pero no podía decir nada que lo hiciera sentir mejor. ¿Por qué los hombres eran tan testarudos?

Pronto llegaron a Brownsville y cruzaron el puente sobre Río Grande para llegar a México. Aunque Brownsville y Matamoros estaban pegadas la una a la otra, evidentemente habían llegado a otro país. Además de que los carteles estaban en español, la ciudad tenía un aire completamente diferente.

Y como no sabía dónde iba, Jessica se alegró de que Smith la hubiese acompañado.

Según dejaban las calles principales, las casas se hacían más viejas hasta convertirse en casuchas con techo de uralita.

-La gente viene aquí desde el interior de México, donde las condiciones de vida son todavía más precarias y construyen una casa con los materiales que encuentran. Si viven aquí durante cinco años, la parcela pasa a ser propiedad suya.

Smith paró delante de una tienda donde había varios hombres congregados y preguntó cómo llegar a la dirección que Jessica llevaba anotada en un papel.

-Está en la siguiente manzana.

-Ah, qué suerte hemos tenido -sonrió ella.

Pero la señora López ya no vivía allí. Su hijo se había mudado a otra ciudad y ella estaba viviendo con su hija en otra zona de Matamoros. Cuando por fin la localizaron, la mujer se alegró muchísimo de que Jessica quisiera contratarla. Por las condiciones de su casa, era evidente que apenas ganaba lo suficiente para vivir. Con Smith como intérprete, llegaron a un acuerdo económico por los bordados. Jessica le dejó las cajas de material y también un adelanto por el trabajo, quedando de acuerdo en cómo y cuándo le haría saber que el producto estaba terminado.

Cuando se alejaban de la casa, ella dejó escapar un suspiro.

-Recuérdame que no vuelva a quejarme por lo que gano. ¿Cómo sobrevive esta gente?

-Lo pasan mal -dijo Smith-. El dinero que la señora López gane con los bordados servirá para toda la familia.

Jessica se mordió los labios.

-El precio que hemos acordado me parece barato. Quizá debería haberle ofrecido más.

-No, le has hecho una buena oferta. En realidad, casi el triple de lo que ganan aquí como salario mínimo.

-Increíble.

Siguieron conduciendo hasta una zona de aspecto próspero y, poco después, Smith aparcó frente a una joyería.

-Podemos comprar aquí el reloj. Cuando entraron, el propietario se mostró encantado de atenderlos. Pero después de mirar unos cuantos relojes, Jessica le dijo al oído:

-Me parece que esto es muy caro para mí. Son relojes de marca.

-También tienen buenas imitaciones. No te darás cuenta hasta que se te ponga la muñeca verde -rió Smith.

Después habló con el propietario de la joyería y el hombre entró en la trastienda.

-¿Qué le has dicho?

-Que querías ver algunas imitaciones bien hechas.

El hombre volvió poco después con una bandeja de exquisitos relojes femeninos. Eran tan bonitos, que parecía imposible que fueran falsos.

-Son divinos.

-Puedes elegir el que quieras por veinte dólares.

Con ayuda de Smith, Jessica se probó una docena.

-No sé si comprar el Rolex o el Piaget. ¿Tú qué crees?

-¿Por qué no compras los dos?

-Porque esa es una extravagancia que no puedo permitirme. Me llevo el de la correa de metal. Así podré ponérmelo encima de la escayola.

Smith intentó regalarle el reloj, pero ella insistió en pagar con su tarjeta de crédito. Mientras Smith y el propietario concluían el trato en español, Jessica miró unos preciosos pendientes de diamantes. Ya no tenía joyas... en fin, nunca había tenido gran cosa. Pero ya ni siquiera tenía la alianza o el anillo de compromiso porque tuvo que venderlos.

Comieron en un bonito restaurante y después pasearon un rato por el mercado antes de volver al coche.

-Gracias por venir conmigo. Si hubiera venido sola, me habría perdido.

-Me alegro de haber ayudado.

Jessica levantó la mano para admirar su nuevo reloj.

-La verdad es que engañaría a cualquiera.

-Deberías haber comprado también el otro.

-¿Qué dices? Tú no sabes nada de presupuestos apretados, pero yo sí. No puedo comprar dos relojes... aunque valgan veinte dólares. Por eso tengo que volver a trabajar.

-Tienes que descansar hasta que tu muñeca esté curada del todo. Y hasta que hayas controlado la anemia.

-¿Es que no entiendes que no puedo dejar de trabajar? -le espetó ella entonces, irritada-. Estoy hasta el cuello de...

No terminó la frase. Sus deudas eran cosa suya.

-¿Hasta el cuello de qué?

-De nada.

-¿De deudas?

-Mira, no estoy quejándome. Simplemente tengo obligaciones.

-¿Qué clase de obligaciones?

Jessica no quería hablarle sobre las facturas de Tom; pero él insistió tanto, que al final se lo soltó.

-Mi seguro médico cubría parte de los gastos, pero no todos. Esa es una de las razones por las que decidí abrir un negocio. Creo en mi producto y sé que, si trabajo mucho y mantengo un presupuesto apretado, puedo ganar lo suficiente como para pagar todas esas facturas en dos años.

-¿Dos años?

-Con mi sueldo de profesora no habría terminado nunca. Me he dado un año de plazo para poner en el mercado los bolsos de bandolera, así que, como ves, es muy importante que me atenga a una agenda. Y la feria de Dallas es fundamental para eso.

-Deja que te ayude -dijo él entonces.

-No estoy buscando caridad, muchas gracias.

Smith detuvo el coche en el arcén y se volvió hacia ella.

-Mira, sé que Tom era mi hermano y, para mí, es terrible no haberlo conocido. Tengo más dinero del que podría gastarme nunca... por favor, deja que te ayude a pagar esas facturas. Significa mucho para mí.

Jessica estudió su expresión. No había duda de su sinceridad. Era muy importante para él, y dejar que le quitase aquella terrible carga económica de encima sería la solución para todos sus problemas.

Pero ella siempre había sido una persona que se daba a los demás, no estaba acostumbrada a recibir. Independiente, autosuficiente. Mel, su padre adoptivo, le había dicho miles de veces que debía aprender a no ser tan orgullosa y a dejar que los demás hicieran cosas por ella cuando le hiciese falta.

Casi podía oír la voz de Mel susurrándole al oído: «dale una oportunidad a alguien que necesita dar».

-Muy bien -dijo por fin-. Gracias.

-Estupendo. Y ahora que eso está solucionado, puedes descansar tranquilamente.

-No del todo. Acepto que pagues las facturas médicas de Tom, pero sigo teniendo que dirigir un negocio. Y sigo teniendo problemas económicos. Necesito las ventas de Corpus Christi y Houston para financiar las muestras de Dallas. Y seguramente tendré que contratar...

Smith levantó los ojos al cielo.

-¡Por favor, mira que eres cabezota!

-¿Yo soy cabezota?

-Como una mula. ¿Aceptas que yo sé un par de cosas sobre negocios?

-Sí, claro.

-Un principio importante en los negocios es establecer contactos y usarlos para salir adelante.

-Lo sé. Por eso visito las boutiques que me interesan y acudo a las ferias.

-Y no me cabe duda que lo haces muy bien, pero seguramente yo soy el mejor contacto que puedas tener. Deja que te ayude.

-¿Cómo?

-¿Cuántos bolsos pensabas vender en Corpus Christi? -preguntó Smith.

-Setenta y cinco, con un poco de suerte.

-Yo compraré cien y así no tendrás que ir.

-¿Y qué vas a hacer con cien bolsos?

-Regalarlos en Navidad a mis empleadas.

-Pero si estamos en febrero...

-Me gusta comprar pronto para evitar las aglomeraciones.

Ella lo miró, atónita.

-No lo dirás en serio, ¿verdad? Además, esa feria no es la única razón por la que quiero ir a Corpus Christi. Tengo que ir a las boutiques para mostrar mi nueva línea de bolsos de fiesta.

-¿Qué tal si hago una llamada y te presento a Sandi?

-¿Quién es Sandi?

-La mujer de Brandon Myers, uno de mis compañeros de universidad -sonrió Smith-. Es la relaciones públicas y encargada de compras en Neimann Marcus.

-¿Neimann Marcus, los grandes almacenes más importantes del país? -exclamó Jessica.

-Los mismos.

Capítulo 6

Jessica no podía dormir. Estaba demasiado emocionada. Los grandes almacenes Neimann Marcus...

Smith llamó a Sandi Myers en cuanto llegaron a casa.

-Quiere que le envíes diapositivas de tus bolsos -le había dicho Smith después-. ¿Tienes diapositivas?

-No -contestó ella, angustiada-. Deberíamos haberlas hecho, pero no se me ocurrió. ¿Qué puedo hacer?

Smith llamó al fotógrafo de su empresa y, al día siguiente tenían unas preciosas diapositivas de sus bolsos, que enviaron a Sandi por mensajero urgente.

Después de tres días de morderse las uñas, Jessica recibió una llamada: a Sandi le habían gustado mucho y quería ver los bolsos personalmente. Ella aceptó, por supuesto. Aunque tuviese que ir a Dallas andando. Pero no lo dijo en voz alta. Se había comportado de una forma muy profesional y solo gritó después de colgar el teléfono.

Tenía una cita con la relaciones públicas y encargada en compras de Neimann Marcus el lunes.

Ni en sus más locos sueños habría imaginado que aquello podría pasar. Sus bolsos en los mejores escaparates del país... era demasiado.

No sabía si podría aguantar el suspense cinco días más. ¿Debía llamar a Shirley para darle la noticia? Pero, ¿y si a Sandi Myers no le gustaban los bolsos al verlos de cerca? ¿Y sí estaba soñando despierta? ¿Y si estaba haciéndose demasiadas ilusiones?

Jessica daba vueltas y vueltas en la cama sin poder dormir y, por fin, decidió levantarse. Quizá un vaso de leche la ayudaría. Y una galleta. O dos. O tres.

Rosa había hecho galletas de chocolate, sus favoritas.

Pensó en ponerse la bata, pero decidió no hacerlo. Eran las tres de la mañana, de modo que todo el mundo estaría durmiendo. Entraría en la cocina, se serviría un vaso de leche y un plato de galletas, y volvería a la habitación.

Pero volver con la bandeja era un problema a causa de la escayola, así que se sirvió el vaso de leche y guardó las galletas en una toalla de papel a modo de bolsa para poder llevarla entre los dientes.

Apagó la luz de la cocina con el codo y volvió a recorrer el pasillo, intentando no hacer ruido.

Pero, de repente, se encontró con un obstáculo. Sobresaltada, dejó escapar un grito y las galletas y el vaso de leche cayeron con estrépito al suelo.

-Pero, ¿qué...?

Smith encendió la luz. Solo llevaba unos vaqueros medio desabrochados.

El vaso se había roto en mil pedazos y había leche por todo el suelo. Las galletas estaban nadando en medio de la blanca piscina.

Jessica se sentía como una idiota... o más bien como una niña a la que hubiesen pillado haciendo una travesura.

Y la mirada de Smith la hizo sentir aún peor.

Su torso desnudo estaba empapado de leche y, sin pensar, tocó la blanca catarata con la punta del dedo... pero cuando rozó su ombligo se dio cuenta de lo que estaba haciendo y apartó la mano, mortificada.

Durante varios segundos se quedaron en completo silencio. Ninguno de los dos se atrevía a respirar. Parecía haber una extraña tensión en el aire.

-Lo siento -dijo ella por fin, riendo nerviosamente-. No suelo tener problemas para sujetar la comida siempre que tú andas por ahí. No te preocupes, yo lo limpiaré...

-¡No! No te muevas. Vas descalza y podrías cortarte con los cristales. Te llevaré en brazos.

-Pero tú también vas descalzo...

-Espera un momento.

Smith dio la vuelta y entró en su habitación.

Jessica, sintiéndose como una boba, intentó salir de aquella trampa de cristales rotos, pero lo pensó mejor. Y entonces vio que tenía el camisón empapado y la tela se pegaba a su pecho como si fuera papel de seda. Era lógico que Smith se hubiese puesto pálido.

Nerviosa, tiró de la parte más mojada para intentar secarlo pero, por supuesto, era inútil.

Smith volvió enseguida. Se había puesto unos mocasines y, sin decir una palabra, la tomó en brazos para llevarla al cuarto de baño.

-Estás empapada.

-Dime algo que no sepa. Oye, siento mucho lo del vaso.

-Olvídate del vaso. ¿Te has cortado? ¿Te has hecho daño en la mano?

-No, estoy bien. Y la escayola también. Pero quiero lavarme un poco.

Esperaba que él se fuera. Pero no fue así. En lugar de hacerlo, abrió el grifo y tomó una toalla.

-¿Qué haces?

-Voy a limpiarte un poco el camisón. No puedes hacerlo sola. ¿Lo ves? Kathy debería haberse quedado unos días más.

-No necesito una enfermera -replicó Jessica-. Es un gasto absurdo. Además, puedo lavarme sola -dijo entonces, cubriéndose con la toalla.

Smith sonrió.

-Es demasiado tarde.

-¿Para qué es demasiado tarde?

-Para la toalla.

Jessica cerró los ojos, deseando que se la tragase la tierra.

-No seas cabezota. Deja que te ayude.

-No. Y esta vez no pienso negociar.

Por fin, sacudiendo la cabeza, él salió del baño.

Tardó media hora en ducharse y cambiarse de camisón... y cuando terminó, estaba agotada. Seguramente después de aquello podría dormir, se dijo.

Cuando entró en su habitación, vio un vaso de leche y un plato de galletas sobre la mesilla.

Y sus ojos se llenaron de lágrimas.

-Es un cielo -murmuró.

Si antes estaba inquieto, en aquel momento era como un tigre enjaulado.

La imagen de Jessica con aquel camisón mojado le quemaba en el cerebro. Por Dios bendito, deseaba a la viuda de su hermano. No estaba bien. Se sentía como un cerdo.

Y más ardiente que el demonio.

Había pensado mucho en Jessica durante los últimos días... y no debía pensar. Hasta recordaba su olor, su risa, cada rasgo de su rostro...

Deseaba tocar sus pechos, acariciarle las caderas, abrir sus piernas. No podía recordar cuándo una mujer lo había obsesionado tanto como ella.

Estar con Jessica lo dejaba agotado, y verla con aquel camisón solo había añadido combustible al fuego que lo quemaba por dentro.

«Cálmate», se dijo a sí mismo. «Ella no está a tu alcance».

Smith fue a la piscina y se tiró de cabeza.

Pero, por mucho que nadase, no podía dejar de pensar en ella. Tenerla cerca estaba creando un serio problema, pero no podía echarla porque necesitaba su ayuda. Se lo debía al hermano al que nunca conoció.

Conseguiría guardarse las manos para sí mismo y sus pensamientos también, se dijo.

Como fuera.

Cuando llegó el lunes, Jessica estaba de los nervios.

Rosa la ayudó a ponerse su mejor traje de chaqueta, un traje de diseño de la temporada anterior que compró en Tulsa. Pero la manga no entraba por culpa de la escayola.

Estaba a punto de ponerse a llorar cuando Smith la convenció para que, simplemente, se pusiera la chaqueta por encima de los hombros.

Salían de casa cuando gritó: «¡Espera!» y salió corriendo a su habitación. A toda prisa tomó uno de los frasquitos de perfume, y volvió de nuevo a la puerta.

-¿Quieres abrirme esto?

Smith abrió el frasquito y esperó mientras ella se ponía un poco de perfume en el escote.

-Huele bien.

-Es mi favorito. Lo guardaba para una ocasión especial.

-¿Por qué no compras un frasco grande?

-Porque cuesta un dineral. Esto es una muestra gratuita.

-Ah, ya veo. Estás muy guapa con ese traje.

-Es de la temporada anterior. Si compras un traje de diseño cuando sale al mercado, te cuesta un ojo de la cara.

-Pues estás muy bien.

-Gracias -sonrió Jessica-. ¿Crees que Sandi notará que mi reloj es una imitación?

-Lo dudo. Es una imitación buenísima.

Smith abrió el maletero del coche y guardó una maleta con ruedas en la que Jessica llevaba una muestra de cada bolso.

Hicieron el viaje en un avión privado, seguramente de la empresa Smith, S.A., aunque Jessica no preguntó. Llegaron al aeropuerto de Love Field, en Dallas, con tiempo suficiente para que el chofer los llevase al edificio de Neimann Marcus.

«Así se puede viajar», pensaba Jessica, mirando por la ventanilla del Mercedes negro. «Pero no te acostumbres a estos lujos», se advirtió a sí misma. Pronto tendría que volver a su caravana.

Smith quiso acompañarla hasta la oficina de Sandi, pero cuando iban a entrar en el ascensor, ella lo detuvo.

-Agradezco mucho tu ayuda, de verdad. Pero tengo que hacerlo sola.

Esperaba que discutiese, pero se limitó a sonreír.

-Entiendo. Iré de compras entonces. Nos encontraremos aquí en... una hora. ¿Te parece?

Asintiendo, Jessica entró en el ascensor y pulsó el botón de la novena planta.

Muchas cosas dependían de aquella reunión.

Una hora más tarde, Jessica bajaba en el mismo ascensor.

Smith la estaba esperando con una bolsa en la mano.

-¿Qué tal ha ido?

-Vámonos de aquí. Ahora te lo cuento.

Una vez de vuelta en el Mercedes, ella dejó escapar un grito de alegría.

-¡Yupi!

-Veo que ha ido todo bien -rió Smith.

-¡Le han encantado mis bolsos! -exclamó Jessica, plantándole un beso-. Dice que son divinos. Y ha pedido cien para empezar. ¡Cien! Para empezar. ¿No es increíble? Y me ha hablado de las navidades, de catálogos, de posibilidades en Internet... Shirley no va a creérselo. Por favor, ni yo misma me lo creo. Tengo que llamarla ahora mismo -dijo entonces, abriendo el maletín para sacar el móvil.

-¿Qué tal si comemos juntos para celebrarlo?

-Por supuesto.

Smith la llevó a un lujoso restaurante en Turtle Creek y comieron algo divino, aunque Jessica apenas se enteró. Estaba flotando.

-¿Cuándo tienes que enviar el pedido?

-Le he prometido los primeros cincuenta bolsos inmediatamente. La segunda mitad dentro de un mes.

-¿Tienes cincuenta ya hechos?

-¡Ay, Dios mío, no lo sé! Sí... no. No me acuerdo... ¿Y si no los tengo? No estoy segura -exclamó, mirando su escayola con expresión de pánico-. ¿Qué voy a hacer? No puedo trabajar con esto.

Él apretó su mano, riendo.

-No te preocupes, cariño. Haz lo que hace el presidente de una empresa... delegar.

Jessica sonrió.

-¿Sabes coser?

Smith soltó una carcajada.

-No, en serio.

-¿En quién voy a delegar? Y la señora López... ¿terminará el encargo a tiempo?

-Seguro que sí. Y encontrar costureras que hagan los bolsos no te resultará difícil. ¿Quieres un postre?

-Desde luego. Algo muy pecaminoso, con muchísimo chocolate -sonrió ella, pasándose la lengua por los labios.

Lo había dicho en broma, pero la sugerente mirada de Smith hizo que le temblasen las manos.

¿Estaba tonteando con ella? Quizá no debería haberlo besado en el coche. No había querido hacerlo. Fue algo completamente espontáneo, parte de la emoción del momento. Y debía dejarlo bien claro. Una relación entre ellos estaba fuera de la cuestión.

¿O no?

Smith Rutledge era un hombre muy sexy. Y era absurdo negar la

verdad. ¿No había pasado horas fantaseando sobre su ombligo? Y sus músculos. Y sus manos. Y su boca.

Curioso, cuando lo miraba ya no veía a Tom. Solo veía a... Smith, un hombre único y extraordinario. Aunque se parecían mucho, eran dos personas diferentes. Completamente diferentes.

Quizá...

En fin, podría dejar sus opciones abiertas.

Mientras volvían al aeropuerto después de comer, Jessica iba admirando las zonas residenciales por las que pasaban: las arboledas, las avenidas flanqueadas por castaños y robles.

-Esta parte de Dallas es preciosa.

-Yo crecí cerca de aquí.

-¿Ah, sí? ¿Tus padres viven en esta zona?

-Sí. Vamos a hablar de los empleados que necesitas...

-¿No quieres que paremos para hacerles una visita ya que estamos aquí? A mí no me importa.

-Dudo que estén en casa.

-Podríamos llamar por teléfono.

-En otro momento -dijo Smith que, evidentemente, no quería seguir hablando del tema.

-¿Cuándo fuiste a visitarlos por última vez?

-Hace tiempo. Yo creo que hay varias fórmulas para contratar personal. Podrías hacer los bolsos en México y eso reduciría costes, pero que hicieran el trabajo al otro lado de la frontera requiere que vivas allí durante un tiempo o que vayas cada día hasta que hayas entrenado a un supervisor. Además, está el problema del idioma. Y el problema del tiempo.

-No quiero vivir en México. No hablo el idioma, e ir cada día sería un horror. Además, ¿cuánto tiempo sería «algún tiempo»?

-Tres años como mínimo. Otra opción sería instalarte en Harlingen y contratar gente de allí. Seguro que Rosa podría ayudarnos. Creo que su hermana es modista.

-Eso me gusta más... ¿No me digas que no has visto a tus padres en tres años? -exclamó Jessica entonces. -No.

Iba a decir algo, pero la expresión de Smith era tan seria, que dejó el tema y siguieron hablando del trabajo y del personal que debía contratar hasta que llegaron al aeropuerto.

¿Era su imaginación o él estaba encantado de ayudarla con su negocio? Eso sería absurdo. Después de todo, Smith era el presidente de una empresa gigantesca, por no hablar de la plantación de cítricos. ¿Por qué iba a importarle una empresa tan pequeña como la suya?

Quizá por Tom. Porque, como su viuda, la creía una

responsabilidad familiar. O quizá le parecía un nuevo reto. Fuese cual fuese la razón, se sentía enormemente agradecida.

-No te he dado las gracias por ayudarme -dijo cuando subieron al avión-. Lo que ha pasado hoy va más allá de mis expectativas. Y nada de esto habría sido posible sin ti. Gracias, Smith.

-De nada -sonrió él, guiñándole un ojo.

Cuando estaban en el aire, Jessica volvió a fijarse en la bolsa de Neimann Marcus.

-¿Qué has comprado?

-Un regalo -contestó Smith.

-¿Para quién?

-Para ti.

-¿Por qué me has comprado un regalo?

-Para darte la enhorabuena.

-¿Y si no hubiera vendido los bolsos?

-Entonces podríamos considerarlo un premio de consolación.

Jessica no recordaba la última vez que alguien le hizo un regalo y el detalle la emocionó.

-¿No piensas abrirlo?

-Sí, claro.

Sonriendo, rasgó el papel. Era un frasco de su perfume favorito. Un frasco enorme.

Y entonces, sin poder evitarlo, abrazó a Smith de nuevo.

Capítulo 7

Demasiado agitada como para ver la televisión, leer o dormir, Jessica salió a la terraza a tomar el aire.

Había luna llena y su luz de plata iluminaba la plantación.

En los dos últimos días, los naranjos habían empezado a florecer y su fragancia perfumaba toda la casa. Jessica respiró profundamente, disfrutando de la brisa que acariciaba su cara.

-Es precioso, ¿verdad?

Sobresaltada por la voz de Smith, se llevó una mano al pecho.

-¡Qué susto me has dado!

Él apareció entonces entre las sombras de la terraza.

-Perdona. No quería asustarte. Iba al gimnasio y me detuve un momento para oler las flores.

Llevaba pantalones cortos, zapatillas de deporte y una vieja camiseta. Jessica miró su ombligo. ¿Por qué, de todos los ombligos que había visto en su vida, aquel ejercía tal fascinación en ella? No sabía por qué, pero se había convertido en una zona erógena. Fantaseaba sobre él frecuentemente, deseando tocarlo, meter la lengua...

«¡Por Dios bendito!».

Nerviosa, apartó la mirada.

-Huele de maravilla. Y esta noche parece oler más de lo normal.

-Sí, es verdad. ¿Quieres ir a dar un paseo entre los árboles?

-¿No pensabas hacer un poco de ejercicio?

-No tengo prisa -sonrió Smith, tomándola por la cintura-. Vamos.

Paseando entre los árboles, la fragancia era más fuerte, más dulce, y los pétalos de las flores brillaban a la luz de la luna.

-¿Qué clase de árboles son estos?

-Naranjos -contestó él, cortando una ramita y colocándosela en el pelo-. Lo que huele es la flor de azahar.

Jessica contuvo la respiración. El roce de sus manos había provocado una inmediata respuesta erótica.

No podía moverse, no podía hablar.

¿Seguía tocando su pelo? ¿O el roce de sus dedos había dejado una huella indeleble?

Sus ojos se encontraron entonces. Los del hombre brillaban de deseo.

Smith inclinó la cabeza, Jessica levantó la suya.

El tiempo pareció quedar suspendido durante lo que pareció un siglo, el aire permeado por el aroma de la flor de azahar, embriagándola, acercándolos cada vez más hasta que sus labios se

rozaron.

El primer roce fue como una explosión. Smith la envolvió en sus brazos, buscando su boca como desesperado. Gimiendo, ella enredó los suyos alrededor de la cintura masculina. Deseaba mover las manos, explorar su espalda...

Smith suspiró roncamente sobre su boca; un sonido tan cargado de deseo, que Jessica sintió calor entre las piernas.

Entonces empezó a besarla en el cuello. Ella levantó la cara para ofrecerle su garganta, apretándose contra el endurecido miembro masculino.

Smith buscó sus pechos por debajo de la camiseta y Jessica dejó escapar un suspiro de placer cuando sintió la caricia en sus pezones; una caricia que la hacía desear un contacto más íntimo.

Quería quitarse la ropa, quería sentirlo dentro...

-Que Dios me ayude -murmuró, loca de deseo, tomando el elástico del pantalón.

El se quedó inmóvil un momento. Y entonces dio un paso atrás.

-Lo siento... Lo siento. No quería que esto ocurriese. ¿Te he hecho daño?

-¿Daño? No, claro que no. ¿Por qué has...?

-Lo siento -repitió Smith, pasándose una mano por el pelo-. Ya sé que he metido la pata. ¿Podrías olvidar lo que ha pasado?

Aquello fue como un jarro de agua fría. Y se sentía como una idiota.

-Sí, claro. Considéralo olvidado -dijo, como si no tuviera importancia.

Con la cabeza bien alta, se dio la vuelta y prácticamente corrió hacia la casa para no llorar delante de él.

La magia de la noche había desaparecido.

El aroma de la flor de azahar se convirtió en empalagoso y Jessica se encerró en su habitación.

Desgraciadamente, no podía escapar de la impresión que los labios de Smith habían hecho en los suyos, ni de la huella que habían dejado sus manos. El aroma de las flores, mezclado con el del hombre, parecía haber quedado impreso en su ropa.

Debería haberle preguntado el porqué del brusco rechazo, pero se sentía demasiado humillada.

Mientras se lavaba la cara, intentó recordar la escena, pero seguía sin entender qué había ocurrido. Algo lo hizo apartarse, pero ¿qué?

En fin... sobreviviría. Con el orgullo un poco dañado, desde luego.

Quizá podrían ser amigos. Sí, eso sería lo mejor. ¿Qué otra cosa podían ser?

Cuando iba a meterse en la cama, vio que había una flor de azahar sobre su almohada.

Y, de nuevo, aquel gesto volvió a confundirla.

Smith se maldijo a sí mismo por ser tan tonto. ¿Qué lo había poseído para besarla de esa forma? Creía que podía controlarse. Evidentemente, no era así. Había estado a punto de desnudarla y tomarla allí mismo, bajo un árbol.

Pero sabía que no era a él a quien Jessica estaba viendo, sino a su hermano mellizo. Cada vez que lo miraba, veía a Tom.

Y no podía soportar la idea de ser el doble de un hombre muerto.

Para escapar del deseo que sentía por ella, intentó pasar más tiempo en la oficina; pero allí no tenía mucho que hacer y los días resultaban largos y aburridos.

Su antigua pasión por el trabajo había desaparecido y era peor desde que perdió el contacto con su familia.

La relación sentimental que mantuvo con Stephanie Bridges fue un fracaso más por su desinterés emocional; sus aventuras, desde entonces, habían sido breves, impersonales y nada satisfactorias.

Llevaba mucho tiempo sin rumbo... hasta que Jessica apareció y puso su mundo patas arriba. Ella le había dado un hermano y una madre natural. Le había dado una identidad y un propósito.

No podía imaginar la vida sin ella. Jessica llenaba su casa, sus sueños, sus pensamientos. No tenía ningún interés por su propia empresa, que prácticamente funcionaba sola, pero se le había contagiado su emoción por el contrato con los grandes almacenes Neimann Marcus.

Jessica lo hacía sentir vivo de nuevo y lo hacía... ponerse cachondo. Muy cachondo.

Gotas de sudor caían por su frente mientras levantaba pesas.

Las siguientes tres semanas fueron muy raras. Por un lado, las cosas iban de maravilla. Smith había insistido en convertir una de las habitaciones de la casa en taller para sus bolsos. Incluso se ofreció voluntario para ir a Matamoros a recoger los que había hecho la señora López y llevarle más material.

El recuento en la caravana había dado como resultado solo sesenta y dos bolsos terminados. Jessica envió los primeros cincuenta a Dallas y se concentró en terminar el resto.

Juanita Torres, la hermana de Rosa, era una excelente costurera y tenía dos compañeras casi tan buenas como ella. Así que todo solucionado. De hecho, trabajando solo media jornada, los otros cincuenta estuvieron terminados con una semana de antelación.

Y Sandi Myers había llamado el día anterior con buenas noticias:

los primeros eran un éxito y varias dientas habían pedido diseños a juego con sus vestidos de noche.

Shirley le dijo que había muchos pedidos a través de la página de Internet y Mack tenía a su equipo trabajando todo el día para poder servir los pedidos de las boutiques.

Jessica estaba en el cielo. Quería trabajar día y noche, pero Smith no se lo permitía.

-Tienes que descansar hasta que el doctor Vargas diga que estás recuperada del todo.

Ella habría querido discutir, pero se lo pensó mejor.

Tenía cita con el médico la semana siguiente. Podía esperar hasta entonces.

Pero si las cosas iban de maravilla profesionalmente, iban menos que bien en el aspecto personal. Desde aquella noche en la plantación, Smith se portaba de forma fría con ella. No era grosero, por supuesto, solo distante.

Era amable, terrible, escrupulosamente amable.

Casi se había convencido de que había imaginado la pasión de aquella noche... pero lo había visto un par de veces mirándola con un deseo imposible de esconder.

Y luego estaba el paseo a caballo.

Jessica, inquieta toda la tarde, se acercó a los establos. Dulce, la yegua de Smith, se había convertido en su amiga, seguramente porque solía llevarle alguna golosina.

Aquella vez fue una manzana.

-La mimas demasiado -sonrió él, apareciendo entre las sombras.

-Es un cielo. Me recuerda a Daisy, mi yegua. La echo de menos.

-¿Qué ha sido de ella?

-Los caballos fueron lo primero que vendimos tras el accidente de Tom. No podía dar clases, cuidar de él y de los caballos a la vez. Además, eran una carga económica -sonrió Jessica, acariciando la nariz de Dulce-. Ojalá pudiera montarla, pero esta escayola...

-Creo que eso puede solucionarse.

-¿De verdad?

Un minuto después, Smith había ensillado a la yegua. Subió a su grupa y levantó a Jessica como si fuera una pluma para sentarla frente a él.

-¿Puede llevarnos a los dos?

-Dulce es una yegua muy fuerte.

Jessica no recordaba si había disfrutado del paseo o no. Ni siquiera recordaba la ruta que tomaron. Solo era consciente de la proximidad de Smith, del roce de su brazo en el costado mientras sujetaba las

riendas... y de los latidos de su corazón. El calor que irradiaba era como un horno.

Entonces se percató de que su trasero estaba rozando la entrepierna del hombre, e intentó apartarse.

-No hagas eso.

-¿Hacer qué? -preguntó ella, aparentando inocencia.

-Moverte.

-¿Te molesta?

-Le molesta a Dulce.

Estaba mintiendo y lo sabía. Sus movimientos no molestaban a la yegua. Era Smith el que estaba... molesto. La atracción sexual entre ellos era innegable. ¿Por qué no quería admitirlo?

Quizá estaba imaginando el interés de Smith en ella, interpretando mal sus miradas; pero aquella noche, durante la cena, volvió a ocurrir.

Estaban cenando al lado de la piscina, como hacían frecuentemente. Jessica había levantado los ojos de su sopa de mariscos y lo vio mirándola como si ella fuera el segundo plato.

Cuando llegó el postre, estaba tan nerviosa que apenas podía levantar el tenedor.

Pero en lugar de apartar la mirada como solía hacer, un diablillo le pidió que lo retase. Había llegado la hora de ser sinceros sobre aquella atracción.

Estaba harta de sueños eróticos y dispuesta a llevarlos a cabo.

Mirándolo a los ojos, tomó una fresa y, con deliberada lentitud, pasó la lengua por la punta.

Una y otra vez.

Smith apretó los labios.

-¿Quieres un mordisquito?

-Dime una cosa -murmuró él, con voz ronca.

-¿Sí?

-¿Querías mucho a Tom?

Jessica se levantó de un salto.

-Maldito seas, Smith Rutledge -gritó, tirándole la fresa a la cara-. ¡Maldito seas doscientas veces!

Capítulo 8

Smith ni siquiera quería hablar de la atracción que había entre ellos. Era como una mula. Cambiaba de tema cada vez que Jessica intentaba hablar del asunto.

La única vez que hablaron de ello fue durante un desayuno, cuando ella, frustrada, le preguntó si tenía alguna enfermedad venérea o era impotente.

Smith, que casi se había atragantado con los cereales, la miró como si tuviera dos cabezas. -¡Claro que no!

No quería hablar sobre sus sentimientos, pero su obsesión por Tom y Ruth Smith era cada día mayor. La interrogaba incesantemente sobre ellos y su abuela Lula.

-Si el médico dice que puedes viajar, me gustaría que fuéramos a verla a Oklahoma.

-No entendería quién eres.

-Quizá no, pero es algo que debo hacer. ¿Vendrías conmigo? Juanita puede encargarse de todo mientras estamos allí, ¿no?

-Sí, claro. Es de toda confianza. Smith también quería examinar los papeles de Tom y las cosas de su familia que Jessica guardaba en casa de Shirley.

De modo que el martes siguiente, cuando el análisis de sangre confirmó que todo iba bien y le habían quitado la escayola, hicieron planes para ir a Oklahoma.

El miércoles tomaron el avión privado con destino a Bartlesville. Él estaba tenso; muy amable en apariencia, pero serio.

Jessica había decidido sencillamente esperar.

Tarde o temprano Smith estallaría y entonces... ah, entonces, «cuidado, chico».

Cuando llegaron a Oklahoma el cielo estaba cubierto de nubes y, a pesar de que llevaba chaqueta y pantalones, Jessica estaba temblando al entrar en el coche.

-Creo que he empezado a acostumbrarme al clima de Texas. Estoy helada.

Smith encendió la calefacción y colocó la chaqueta sobre sus piernas.

-¿Mejor?

-Gracias.

-De nada.

Tanta amabilidad... Jessica tenía ganas de gritar.

-Ahora tú tendrás frío.

-No, yo soy de sangre caliente.

-Pues a mí no me lo parece.
-Por favor, Jessica, déjalo. No puedo más.
Ella sonrió, seductora.
-¿Seguro que no?
-¡Ya está bien! Solo soy humano.
-No, yo soy humana. Y estoy empezando a pensar que tú eres un robot.
-¿Un robot? ¿Cómo los de Star Trek? -intentó bromear Smith.
Ella dejó escapar un suspiro. Era absurdo sacar el tema. Pero, al menos, había reconocido que sentía algo. Su instinto masculino empezaba a protestar. Mejor. También ella lo estaba pasando mal.
La anciana estaba limpia y bien vestida cuando entraron a verla. Pero vivía en su propio mundo, ajena a la realidad. Llamaba a Jessica indistintamente Ruth y Edwina, su hermana mayor, muerta veinte años antes. No pareció reconocer a Smith, ni siquiera para confundirlo con Tom.
Sabía que estaba desilusionado, pero fue muy amable con Lula. Incluso le había llevado un regalo. La anciana sonrió al ver lo que era.
-Bombones de fresa. Mis favoritos -exclamó, en un breve momento de lucidez.
Smith habló con el director de la residencia y con el médico de Lula. Estaba dispuesto a llevarla a un hospital especializado en enfermos de Alzheimer, pero ambos insistieron en que allí estaba recibiendo muy buenos cuidados y que un cambio podría resultar fatal a su edad.
-Siento que no hayas podido hablar con ella -dijo Jessica cuando volvían al hotel-. Sé que estás desilusionado.
-Lo estoy. Pero me habías advertido, así que no esperaba mucho.
-¿Cómo sabías que los bombones de fresa eran sus favoritos? A mí se me había olvidado.
-No lo sabía -sonrió Smith-. Pero los bombones de fresa eran los favoritos de mi abuela Beamon.
Cuando llegaron al hotel, Jessica comprobó que cada uno tenía una suite... y que estaban muy separadas. Nada de puertas conectando una habitación con otra, por supuesto.
-Tengo que llamar por teléfono -dijo él cuando subían en el ascensor-. ¿A qué hora has quedado para cenar con Shirley?
-A las siete. No tardaremos nada en llegar, pero podríamos ir antes si quieres echarle un vistazo a las cajas. Supongo que ya habrá vuelto del instituto.
-Estupendo -dijo Smith, entrando en su habitación.
O, más bien, «escapando» a su habitación.

¿Qué pensaba, que iba a meterle mano delante del botones?

Jessica soltó una risita. Eso no estaría mal. En lugar de enfadarse por aquel juego, estaba empezando a disfrutarlo. Le gustaban los retos. Había aprendido a ser fuerte desde niña. ¿Era testaruda? Desde luego. Admitir la derrota era algo que no estaba en su vocabulario. Por eso se quedó con Tom durante tanto tiempo.

Cuando llegaban a casa de los Miles, empezó a llover a cántaros.

Smith, siempre tan previsor, había comprado un paraguas en la tienda del hotel y, al salir del coche, tuvieron que correr para no empaparse.

Shirley, una chica morena de sonrisa contagiosa, los recibió con un par de toallas. Abrazó a Jessica y se volvió hacia Smith...

Su sonrisa desapareció entonces.

-Dios mío -murmuró, perpleja-. Entrad, por favor. Llueve muchísimo, ¿verdad? -dijo, intentando disimular su reacción-. Mack llegará enseguida.

Jessica le había explicado la relación entre Smith y Tom por teléfono, pero entendía su sorpresa al ver a un hombre que había muerto dos años antes.

-Shirley, te presento a Smith Rutledge. Es increíble cómo se parece a Tom, ¿verdad?

-Más que increíble.

Smith sonrió.

-Al menos no te has desmayado como hizo tu amiga. Me alegro de conocerte, Shirley. Jessica habla de ti y de Mack todo el tiempo. Y de los niños.

-¿Dónde andan, por cierto? Hemos traído regalos para ellos.

-Arriba, haciendo los deberes. Bajarán enseguida. ¿Queréis tomar algo?

-Un café -dijo él.

-Yo también.

Siguieron a Shirley hasta la cocina y charlaron sobre el negocio, mientras ella metía una bandeja en el horno.

Mack llegó quince minutos más tarde y, después de la sorpresa inicial al ver a Smith, se unió a la conversación.

Antes de cenar, Jessica sugirió que fuesen al garaje para mirar en las cajas donde guardaba las cosas de Tom. Pero hacía demasiado frío como para ponerse a investigar.

-Podemos venir mañana por ellas. Será mejor que las revise en casa, con tranquilidad.

-Muy bien. Creo que se me ha helado la nariz. ¿Sigue en su sitio?

-Vámonos, anda. Estás temblando.

Ricky y Megan, de siete y nueve años, estaban encantados con los juegos de ordenador que Smith les había llevado de regalo. Cenaron con los adultos, pero enseguida pidieron permiso para subir a su habitación.

Mack no sabía si debía hablar de Tom pero él lo animó. Después de todo, había sido su mejor amigo.

Jessica y Shirley limpiaron la mesa mientras le contaba anécdotas sobre una excursión de pesca que habían hecho cuando eran crios.

En la cocina, Shirley dejó de limpiar los platos y se volvió, mirándola con expresión preocupada.

-Jess, ten cuidado.

-¿Con qué?

-Con Smith. Él no es Tom.

-Lo sé. Se parecen muchísimo y tienen cosas en común, pero son completamente diferentes. Al principio me costaba trabajo, pero después de unos días empecé a verlo de otra forma. Es Smith, no un doble de Tom. Y es una persona maravillosa. Cálido, generoso y muy simpático. Además, no bebe.

-Al contrario que Tom.

-Así es -suspiró Jessica-. Smith no está luchando contra sus demonios, como él. No es un hombre inseguro ni amargado, y no le hace la vida imposible a nadie con su mal carácter.

-En otras palabras, es como si Tom hubiera vuelto... convertido en un hombre perfecto, ¿no?

Ese comentario golpeó a Jessica como una bofetada.

-¿Qué quieres decir?

-Solo te pido que tengas cuidado. No quiero que te haga daño. Recuerdo cuánto amabas a Tom y la agonía que pasaste para dejarlo. Y también recuerdo lo horrible que fue aquel último año para ti. Mira, Jessica, tú mereces ser feliz y...

-De verdad, esto no tiene nada que ver con Tom.

Shirley dejó escapar un suspiro.

-Perdona si me meto donde no me llaman. Pero es que me preocupo por ti, ya lo sabes.

-Y a mí me gusta que te preocupes, pero no tienes por qué hacerlo. Sé lo que hago, de verdad.

-¿Hasta dónde habéis llegado?

-¿A qué te refieres?

-No te hagas la inocente. Ese hombre está loco por ti. Podría verlo hasta un ciego.

-¿Tú crees?

-Lo sé.

-No nos hemos acostado juntos, si te refieres a eso -sonrió Jessica-. Pero estoy en ello.

Shirley decidió dejar el tema y se dedicaron a celebrar los beneficios que estaban consiguiendo con las ventas a Neimann Marcus. Después hablaron sobre otros materiales, otros diseños que Jessica tenía en mente...

No volvió a pensar en aquella conversación hasta que Smith y ella volvían al hotel.

«¿El viejo Tom convertido en un Tom perfecto?».

¿Explicaría eso su atracción por él? Smith no era perfecto, eso desde luego. Él también tenía problemas, pero la preocupación por encontrar a su verdadera familia no era nada comparado con la amargura de su marido. Y era testarudo. Eso era algo que los dos hermanos tenían en común. No hablaban de sus problemas, se los guardaban dentro.

Pero quizá eso formaba parte del carácter masculino. Durante años le había pedido a Tom que fuese a un psicólogo para hablar de sus cosas, pero se negaba. En lugar de eso, fue ella quien acudió a la consulta.

El psicólogo le dijo que las mujeres no tenían problemas para buscar ayuda cuando la necesitaban, pero los hombres eran otro asunto. De ahí muchos problemas de alcohol, drogas...

-Me gustan tus amigos -dijo Smith, interrumpiendo sus pensamientos.

-Gracias. Son buena gente. Siento que no hayamos podido abrir las cajas esta noche.

-No pasa nada. Iré mañana temprano y Mack me ayudará a meterlas en el coche.

Jessica pensó en una docena de cosas que podría decir o hacer para ponerlo nervioso. Pero no hizo nada.

-Hasta mañana -se despidió, moviendo seductoramente las caderas mientras entraba en su habitación.

Entonces echó un vistazo por la mirilla. Smith seguía clavado en el sitio.

Capítulo 9

Jessica y Smith estaban sentados en el suelo del salón, rodeados de cajas. Llevaban dos horas buscando y habían encontrado un álbum de fotografías.

-¿Quién es? -preguntó él, señalando la fotografía de una niña al lado de una pareja.

-Soy yo con Mel y Leah Cutter, mis padres adoptivos. Debía tener nueve años.

-No pareces muy feliz.

Jessica soltó una carcajada.

-Era mi tercera casa en un año y esa foto fue tomada nada más llegar. Los quise mucho, pero al principio pensaba que serían como todos los demás. Sus hijos eran mayores y creo que echaban de menos tener niños alrededor. Me convertí en una combinación de hija y nieta para ellos.

Mientras pasaba las páginas del álbum, Jessica señaló otras fotografías en las que parecía más feliz.

-Estas fueron mis primeras navidades con ellos... y esta mi primera bicicleta.

También había fotografías de las vacaciones en el Gran Cañón y en Disneylandia.

-¿Viven todavía?

-Leah murió cuando yo tenía dieciocho años, pero Mel está muy bien. Se mudó a Florida para vivir con su hijo mayor cuando Tom y yo nos casamos. Hace dos años que no nos vemos, pero hablamos por teléfono muy a menudo. Es un personaje -sonrió Jessica-. Lo echo mucho de menos. Ya Leah.

-¿Y tus padres naturales?

-No los echo de menos en absoluto. Mi padre nos dejó cuando yo era una niña, y mi madre tuvo una colección de novios y maridos desde entonces -suspiró ella-. Le gustaban más los hombres y el alcohol que yo, y lo mejor que pudo pasarme fue que le quitasen la custodia.

-Es terrible.

-Sí, lo sé. Como te dije, Tom y yo teníamos mucho en común. Supongo que mi propio deseo de olvidar a mi madre fue lo que me hizo no presionarlo para que hablase de Ruth.

En otras fotografías, Jessica aparecía con el uniforme del colegio, sonriente y preciosa.

-Eras animadora.

-Sí, durante cuatro años. Y aquí estamos Tom y yo vestidos para la

fiesta de graduación. Tom odiaba ese esmoquin.

Smith observó la imagen de su hermano mellizo.

-Parece que está de mal humor.

Miraron en otra caja con las cosas de Lula y encontraron la fotografía enmarcada de una joven de pelo largo y ojos tristes.

-Es Ruth, la madre de Tom. Creo que fue tomada cuando tenía dieciséis o diecisiete años.

Smith estudió la fotografía durante largo rato, la fotografía de su madre. Se sentía curiosamente vacío. Su rostro no le resultaba más familiar que el de cualquier extraño.

Dentro de la caja había otra de satén rojo en forma de corazón. En su interior, más fotografías y un montón de sobres atados con un lazo. Las fotografías eran de Lula y Malcolm Smith, las cartas de Malcolm a su mujer. Cuando descubrió lo que eran, Smith volvió a guardarlas.

Encontraron viejas fotografías de Ruth, con el cuaderno de notas del colegio y un par de medallas.

-Era una buena estudiante -dijo Jessica-. Especialmente sobresalía en matemáticas.

-Aquí hay un diploma de la universidad de Oklahoma.

-No sabía que hubiera ido a la universidad.

-Parece que lo dejó en primero.

-¿Cuándo fue, a principio de los sesenta? Quizá fue entonces cuando conoció a esos hippies de los que habla Lula.

-Probablemente.

En el fondo de la caja, Smith encontró una gastada Biblia. Entre sus páginas, la partida de nacimiento y el certificado de defunción de varios parientes, empezando por una tal Naomi Ruth Phillips, nacida el 5 de mayo de 1899 y casada el 21 de julio de 1916 con Samuel Elijah Thomas, nacido el 16 de diciembre de 1894.

-Estos debían ser los bisabuelos de Tom. Y los míos, supongo -suspiró, sintiendo que por fin estaba empezando a encajar las piezas del rompecabezas-. Naomi y Samuel tuvieron tres hijos: Edwina, Lula Jane y Frank Warren Thomas. Frank murió el 7 de diciembre de 1941.

-Al principio de la Segunda Guerra Mundial -apuntó Jessica.

-Probablemente en Pearl Harbour. Solo tenía diecinueve años. Y aquí dice que el marido de Lula, Malcolm, murió en junio de 1944. Mi abuelo. Me pregunto si también él murió en la guerra.

Lula y Malcolm habían tenido dos hijos: uno que murió al nacer, en agosto de 1941 y Ruth Anne Smith, nacida el 8 de febrero de 1943. El certificado de matrimonio de Edwina con James T. Patrick también estaba allí, junto con la partida de nacimiento de sus tres hijas.

-¿Qué pasó con Edwina?

-Se fue a vivir a California y... creo recordar que murió hace unos años. Ah, sí, Tom fue a su funeral en tren. No sé nada de sus hijas.

Smith siguió buscando y encontró recortes de periódico. Dos eran de los años cincuenta, las esquelas de Naomi y Samuel. Otro informaba sobre la muerte de Frank en Pearl Harbour. También encontró la carta en la que el Ministerio de Defensa informaba a Lula sobre la muerte de Malcolm en Francia, durante la Segunda Guerra Mundial.

En las últimas páginas de la Biblia había tres partidas de nacimiento. Una era de un niño que murió al nacer, llamado Malcolm Alvin Smith, otro de Ruth Anne Smith y el tercero, de Thomas Edward Smith.

Miró la partida de nacimiento de Tom y después se levantó para buscar la suya propia. Eran idénticas. Los dos habían nacido en el mismo hospital de Saint Louis. Tom nació cuatro minutos antes que Smith y pesó tres kilos ochocientos, trescientos gramos más que él. La madre de Tom era Ruth Anne Smith, de padre desconocido, mientras que los Rutledge aparecían como sus padres.

Cualquier duda de que eran mellizos había desaparecido por completo.

Era una certeza.

Un dolor tremendo lo golpeó entonces, tan horrible que hubiera deseado ponerse a gritar.

¿Por qué? ¿Por qué?

¿Por qué su madre lo había abandonado?

¿Por qué se quedó con Tom?

¿Por qué?

-¿Te encuentras bien? -preguntó Jessica.

-Es que tengo tantas preguntas... ¿Tom jamás te comentó que había tenido un hermano?

-No, nunca me dijo nada. Y tampoco hablaba mucho de su madre. Los años que pasó con ella fueron terribles.

-¡Maldita sea! ¿Por qué no se quedaron con los dos?

-¿Quién?

-Mis padres adoptivos. Los Rutledge.

-¿Por qué no les preguntas, Smith? No te alejes de una familia que te ha querido siempre. Pregunta todo lo que quieras saber.

-¿Cómo van a decirme por qué no se quedaron con Tom si se niegan a reconocer que soy adoptado?

Smith golpeó el escritorio con el puño, frustrado, y Jessica, sin saber qué hacer para consolarlo, acarició su pelo.

Un segundo después, él la tomaba entre sus brazos como si quisiera

agarrarse a algo. Apoyó el mentón en su pelo y la abrazó. Solo la abrazó. Con ella a su lado no se sentía tan solo.

Al día siguiente, Jessica empezó a notar un dolor en la muñeca. Intentó coser los bolsos, pero le resultaba imposible.

Smith insistió en que fuera al médico. De hecho, no solo la llevó a la consulta, sino que habría entrado con ella si no se lo hubiera impedido.

A veces la trataba como si fuera su madre. Era exasperante y, al mismo tiempo, halagador. Le gustaba que cuidase de ella.

El doctor Vargas le dijo que no era nada grave, pero debía hacer un tratamiento de fisioterapia y pidieron cita para el lunes siguiente.

-Qué rollo. Estoy harta de esto -se quejó en el coche-. Tengo ganas de volver a mi vida normal.

-¿Sientes pena de ti misma?

-Mucha pena, sí. Tengo un millón de cosas que hacer, pero no puedo hacer nada.

-Puedes supervisar el trabajo. Debes entender que tu negocio ha crecido y ya no tienes que hacerlo todo. Tendrás que perderte la diversión de crear cosas.

-¿Eso es lo que te pasó a ti?

Smith asintió.

-Empecé con los ordenadores cuando estaba en la universidad. Era divertidísimo. Luego comencé a venderlos... y poco después tenía cien empleados. A partir de entonces, se terminó la diversión.

Cuando llegaron a casa, Juanita y las demás costureras ya habían dejado de trabajar y Jessica paseó por el taller, nerviosa.

Smith la encontró mirando por la ventana, pasándose una mano por el brazo.

-¿Tienes frío?

-No, es que estoy... no sé, incómoda. Y un poco desanimada.

-¿Sabes lo que creo? Que necesitas unas vacaciones.

-¿Vacaciones? No tengo tiempo para vacaciones. Debo llevar las muestras a la feria de Dallas y...

-No, en serio, necesitas unas vacaciones para olvidarte de todo. Al menos un fin de semana. ¿Has estado alguna vez en la isla Padre?

-No.

-Pues vámonos.

-¿Ahora mismo?

-Claro. Solo está a una hora de aquí y nada calma los nervios mejor que el sonido de las olas.

-Mis nervios están perfectamente.

Smith sonrió.

-¿Tienes bañador?

-No.

-Compraremos uno en la isla.

Smith le había dicho que la isla Padre era como otro mundo, tranquilo, relajado, sin problemas, sin prisas. Y era cierto. Sus preocupaciones empezaron a desaparecer en cuanto vio la playa.

-Qué raro.

-¿Qué es raro?

-En cuanto hemos llegado a la playa ha sido como si alguien me hubiera tocado con una varita mágica... la tensión ha empezado a desaparecer.

Smith sonrió.

-A mí me pasa lo mismo cada vez que vengo aquí. Antes de que la encontrasen los turistas estaba mucho mejor, pero en fin...

-No se puede tener todo.

-No, es verdad. Vamos a comprarte un bañador.

En el paseo marítimo había varios hoteles y muchas tiendas para los turistas. Smith detuvo el coche frente a una lujosa boutique.

Mientras ella miraba unos bañadores, él miraba otros. Y, curiosamente, elegía los más pudorosos.

Jessica se llevó seis bañadores al probador: tres de los que Smith había elegido y tres bikinis diminutos. Después de probárselos, se decidió por un bañador azul eléctrico y un bikini rosa que no dejaba casi nada a la imaginación.

Había pensado salir con él del probador, pero decidió no hacerlo. Si lo hacía, seguramente al pobre le daría un infarto.

Smith la esperaba con una pamela en la mano. Y unas sandalias. Y un pareo.

-No necesito todo eso. Es demasiado caro. Ahora me va bien, pero si empiezo a gastar dinero como una loca me quedaré en números rojos.

-Es un regalo.

-De eso nada. Yo pago por mis propios bañadores... que son carísimos, por cierto. Podría haber comprado algo parecido por la mitad de dinero.

-Por favor, Jessica, eres mi invitada -insistió él—. Quiero comprarte esto. Y esto...

Quince minutos después salían de la boutique cargados de bolsas. Pantalones de deporte, una camisa, un vestido azul... Ella había intentado protestar, pero no sirvió de nada. A Smith le sobraba el dinero y era imposible convencerlo de que la dejase pagar por sus compras.

Después de guardar las bolsas en el asiento trasero del coche, siguieron por el paseo marítimo hasta una zona más tranquila y, por fin, llegaron a una casa frente al mar.

-¿Esta es tu casa? -preguntó Jessica, entusiasmada.

-Sí. ¿Te gusta?

-Es increíble.

Por supuesto, el interior era espectacular. —Me encanta, me encanta... El salón-comedor tenía el suelo de mármol blanco y los muebles del mismo color. Pero el espectáculo más increíble estaba en la terraza.

Jessica dejó las bolsas y abrió la puerta de cristal. En el jardín, una piscina de aguas azul turquesa y, tras ella, el océano. A menos de cincuenta metros, las olas caían unas sobre otras lavando la arena.

-Esto es fabuloso... vamos a dar un paseo por la playa antes de que oscurezca.

Jessica se quitó las zapatillas y bajó los escalones del porche a la carrera.

-Veo que te gusta -sonrió Smith.

-¡Me encanta!

-Me alegro mucho de que te guste.

Una hora después, cuando ya había oscurecido, caminaron de vuelta hacia la casa.

-Si fuera mía, viviría aquí todo el tiempo.

-Yo suelo venir a menudo. Me gusta ir a pescar o salir con el barco...

-¿Tienes un barco?

-Tengo dos. Están amarrados en el muelle de Puerto Isabel. Tengo un barco de pesca y otro que suelo usar para ir a navegar. ¿Te gusta navegar?

-No lo he hecho nunca. Pero siempre he querido hacerlo. En las películas parece muy divertido -sonrió ella-. Aunque no debe de ser nada fácil, ¿no?

-La verdad es que no.

-Pues no creo que pueda ayudarte con la muñeca así...

Smith soltó una carcajada.

-No vamos a competir en la Copa América, no te preocupes. Yo me encargo de las velas y tú solo tienes que apoyarte en la borda y mirar el mar, ¿de acuerdo? Si mañana hace buen tiempo, iremos a navegar en el Meg.

-¿El Meg? ¿El nombre de alguna antigua novia?

-No. Es el diminutivo de Megabite, ya sabes, como en los ordenadores. El grande se llama Gi-gabite. ¿Tienes hambre?

-Me comería un caballo.

-Hay un restaurante aquí cerca que sirve el mejor lenguado del mundo. ¿Te apetece?

-Mucho. Pero tengo que cambiarme.

-No hace falta. Además, estás muy bien así. Te echo una carrera -dijo Smith entonces, corriendo hacia la casa.

-¡Espera! -gritó Jessica, corriendo tras él.

Aquel era un Smith Rutledge completamente nuevo.

Y le gustaba mucho.

Capítulo 10

-Mira -dijo Smith, señalando algo con la mano.

Jessica estaba a su lado en la cubierta del Meg, emocionada. Había delfines nadando alrededor del barco mientras salían de Laguna Madre hacia las aguas del golfo. Debía haber una docena de ellos saltando sobre el agua, como si estuvieran jugando al escondite.

-¡Son como Flipper!

-No puedo creer que nunca hayas visto un delfín.

-Pues créelo. Solo los había visto en las películas o en la televisión. Nunca había visto un delfín, ¿qué pasa? Bartlesville no está precisamente cerca del mar y no he viajado mucho -sonrió Jessica, levantando la cara para recibir la fresca brisa del mar-. Esto es maravilloso. Me encanta navegar.

Sonriendo, Smith movió el timón.

-Pero si acabamos de salir de puerto.

-Da igual. Me encanta.

Estaba maravillada por el suave movimiento del barco sobre el agua, por el sonido de las olas golpeando el casco... Era tan feliz, que nada podía ponerla nerviosa.

Las arrugas en la frente de Smith habían desaparecido desde que pasaron bajo el puente de la bahía. Y desaparecieron por completo media hora después. Evidentemente, para él navegar era igualmente tranquilizador.

Apoyándose en el respaldo de los mullidos almohadones de cubierta, Jessica dejó escapar un suspiro.

-Esto es vida. Podría acostumbrarme.

Pero se recordó a sí misma que vivir así para siempre no era posible. En una semana se habría marchado de su casa, y las preocupaciones por el negocio y todo lo demás aparecerían por sí solas.

Navegaron durante toda la mañana y solo el hambre los hizo volver a puerto.

Después de comer en el club náutico, decidieron volver a casa para nadar un poco. Jessica se puso el bañador azul y notó por su expresión que a Smith le parecía demasiado provocativo. Y era cierto. El escote de la espalda era indecente y el frontal llegaba casi hasta el ombligo.

«Estupendo», pensó.

Smith emitió una especie de gemido al verla y ella intentó no soltar una carcajada mientras se colocaba el pareo al hombro.

-¿Te ha comido la lengua el gato?

-No, en absoluto. Pero puede que haga frío...

-¿Crees que debería ponerme un abrigo?

-No creo que haga falta. ¿Estás segura de que ese es uno de los bañadores que elegimos?

-Desde luego. ¿Es que no te gusta? -preguntó Jessica, apenas disimulando la risa.

-Sí... bueno, es una maravilla de ingeniería.

-¿Se supone que eso es un cumplido?

-Es un pecado y estás... estás preciosa.

Ella sonrió. Se sentía preciosa.

-Gracias. Tú tampoco estás mal.

Smith iba a darle una palmadita en el trasero, pero Jessica salió corriendo hacia la playa.

El sol había calentado la arena y era una tarde perfecta para remojarse un poco. Poco, porque el agua estaba fría. Pero jugaron en el agua como niños y después cayeron riendo sobre las toallas.

-Gracias por traerme aquí. Podría vivir en esta casa para siempre. -Sabía que iba a gustarte. -Voy a venir aquí con mi caravana cada vez que tenga una oportunidad.

-Mi casa es tu casa. Puedes venir cuando quieras. -Gracias.

Smith cerró los ojos y ella aprovechó la oportunidad para admirar sus pectorales y los abdominales marcados. Entonces descubrió que tenía una cicatriz en el pecho.

-¿Qué es esto?

-Una cicatriz.

-Eso ya lo veo, tonto. ¿De qué?

-Una operación de corazón.

-¿Qué? Pero si no tienes ni cuarenta años.

-Me operaron cuando tenía dos años. Ni siquiera me acuerdo.

-¿Qué te pasaba?

-Que no me funcionaba bien una válvula. Afortunadamente, como mi padre es cardiólogo, me operó el mejor cirujano del país.

-¿Tu padre es cirujano?

-Es especialista del corazón, pero solo trata adultos. Me llevó a un cirujano especializado en niños y todo salió estupendamente. Nunca tuve problemas para jugar al fútbol ni para nada.

-¿A qué se dedica tu hermano Kyle?

-Es médico, cirujano plástico.

-¿Y a ti nunca se te ocurrió estudiar medicina?

-Nunca. La sangre me pone nervioso. Yo prefiero trabajar con cosas que no dicen ¡ay! cuando las tocas.

Jessica soltó una carcajada.

-¿Como ordenadores o naranjas?

-Exactamente. Siempre me han gustado las plantas, ver crecer cosas... En ese sentido, creo que Tom y yo nos parecíamos mucho.

-A él se le daban muy bien las plantas. Tuvimos un huerto y sus melocotones eran los mejores del condado. Se me rompió el corazón cuando tuve que vender la granja, pero...

-¿Por qué la vendiste?

-Por razones económicas -contestó ella. Pero no quería seguir hablando del asunto-. ¿Tengo roja la nariz? Me pica.

Smith arrugó la suya.

-Se te ha puesto muy roja... vamos dentro. Te pondré un poco de aloe vera antes de que te salgan ampollas.

Una vez en la cocina, Smith sacó un bote de crema de un cajón.

-Te pondré un poco en la espalda.

-Ah, qué bien. La verdad es que me escuece -suspiró Jessica.

-Lo siento, debería haberme acordado antes de la crema. Este sol es muy traicionero.

-La verdad es que yo no suelo quemarme. Supongo que será mi sangre cherokee.

-¿Cherokee? Yo soy en parte... -Smith no terminó la frase-. En fin, como el abuelo Pete y yo no somos parientes de verdad, en realidad no soy en parte cherokee.

-Sí lo eres. Malcolm Smith era cuarterón. Y creo que Lula también tenía sangre india, pero no sé de qué tribu. Todo el mundo en Oklahoma tiene algo de sangre india en las venas. Háblame de tu abuelo.

-Es un personaje -sonrió él-. Yo siempre lo he idolatrado. Cherokee Pete lo llama todo el mundo. Lleva trenzas y tiene un gran sentido del humor. Aunque es más rico que el presidente de Estados Unidos, se porta como si fuera un tipo normal y corriente. Pero tiene una biblioteca increíble y lo lee todo, desde noveluchas hasta Kant.

Mientras hablaba, extendía la crema por su espalda y Jessica no pudo evitar un suspiro. Se le doblaban las rodillas al sentir el calor de aquellas manos sobre su piel.

-Me encantaría conocerlo.

-Si algún día pasas por el este de Texas, ve a visitarlo. Te invitará a unos chiles picantes y te enseñará su mascota: una serpiente de cascabel.

-¿Qué?

-Lo que oyes. Date la vuelta -dijo Smith entonces, con voz ronca.

Jessica obedeció.

Él puso una rodilla en el suelo, se llenó la palma de la mano de crema y empezó a pasarla por sus piernas. Era una de las experiencias

sensuales más excitantes de su vida.

Pero cuando rozó el interior de sus muslos, tuvo que sujetarse a la mesa.

El mantenía la cabeza baja. Durante lo que le pareció un siglo, sus dedos descansaron en el borde del bañador, cerca de su entrepierna.

El deseo era incontrolable.

-¿Smith?

-No digas nada. Dame un minuto -dijo él, levantándose-. ¿Puedes ponerte tú la crema? -preguntó, sin mirarla.

Jessica se mordió los labios.

-No, prefiero que lo hagas tú.

Smith empezó a ponerle crema en los brazos; primero uno, luego el otro.

El calor que sentían no tenía nada que ver con el sol.

Entonces bajó las tiras del bañador para extender la crema por sus hombros. Al hacerlo, rozaba sus pechos con el canto de la mano.

Y cuando llegó al escote, levantó la mirada. En sus ojos había una expresión de deseo imposible de disimular.

Jessica temía una excitación que no había sentido nunca. Su vientre ardía y el bote de aloe vera que tenía en la mano cayó al suelo.

-Jessica -murmuró él-. Esto está matándome. Dime que pare.

-No pares. Por favor, no pares.

Smith metió la mano por debajo del bañador para tocar sus pechos.

-Preciosa -murmuró-. Eres preciosa. Quiero probarte... solo un poco.

Se inclinó para rozar un pezón con la punta de la lengua y ella casi perdió la cabeza. Aga-rrándose a sus hombros, restregaba sus pechos contra la boca del hombre.

Lanzando un gemido ronco, Smith le bajó el bañador de un tirón.

-No puedes imaginar cuántas noches he estado despierto deseando desnudarte. Y deseando hacer esto -dijo entonces, poniéndose de rodillas delante de ella para hundir la cara en su pubis-. Y maldita sea... quiero más. Lo quiero todo.

-Yo también -murmuró Jessica-. Por favor, me estoy muriendo...

Smith la llevó al dormitorio en brazos. En cuanto la dejó sobre la cama, se quitó el bañador y buscó un condón. Estaba espectacularmente rígido y ella lo observó, excitada, mientras se lo ponía.

-La próxima vez será mejor, cariño, te lo juro. Pero ahora no puedo esperar. Lo he deseado durante demasiado tiempo.

-No quiero que esperes -murmuró Jessica, abriendo las piernas-. Estoy tan preparada como tú.

Poniéndose de rodillas, Smith levantó sus caderas para besarla íntimamente. Y ella casi se cayó de la cama.

-Estás caliente... y húmeda. Podría comerte.

-Te quiero dentro de mí. Ahora, rápido.

-Jessica...

Levantando la cabeza, buscó su boca con ansia y la penetró a la vez, su lengua moviéndose al mismo ritmo que su miembro viril.

Aquella invasión la hizo gritar de placer. El orgasmo duró y duró, convulsionando su cuerpo y detonando una explosiva eyaculación masculina.

-Oh, Jessica. Mi amor, cariño... -repetía él una y otra vez, temblando tan violentamente que la cama se movía-. Maldito sea Tom. ¡Maldito sea por haberte tenido antes!

Capítulo 11

Atónita por las palabras de Smith, Jessica se quedó inmóvil.

-¿Por qué has dicho eso?

-Lo siento, de verdad. Soy un idiota. Sé que cada vez que me miras ves a Tom... vivo otra vez.

-Te equivocas. Conozco la diferencia, te lo aseguro. Tom ya no está. Lo sé perfectamente. He dejado atrás el pasado hace tiempo, Smith. Y tú eres único. Y era a ti a quien deseaba, solo a ti. Ha sido contigo con quien he hecho el amor -murmuró ella, apoyando la cabeza sobre su pecho-. Ningún hombre me ha hecho sentir esto, te lo aseguro. Ningún hombre.

-Me gustaría creerlo.

-Puedes creerlo, Smith. Hasta que te conocí, siempre me había considerado más bien... se-xualmente tímida. Pero ahora solo pienso en acostarme contigo.

Él soltó una carcajada.

-A mí me pasa lo mismo. No he dormido bien desde que te vi en la cafetería.

-¿Serán las famosas feromonas?

-Será que tienes unos ojos preciosos. O tu boca, o esa sonrisa matadora. Ó este hoyito en la barbilla... O quizá este precioso trasero que me vuelve loco -rió Smith, acariciando sus nalgas-. Cariño, he soñado con esto.

No hubo un solo centímetro de su piel que no besase o acariciase. Y Jessica gozaba con cada caricia como nunca antes le había ocurrido. Nunca le habían hecho el amor de esa forma, como si fuera una diosa a la que había que adorar.

Se sentía como la mujer más deseable del mundo, libre de inhibiciones. Yeso le dio poder para explorar nuevos placeres, prohibidos hasta entonces.

Smith parecía amarlo todo en ella. Y cuando llegaron al clímax juntos, sus ojos se llenaron de lágrimas.

Su cuerpo se convulsionó con un segundo orgasmo, tan potente como el primero. Embriagada de emociones, empezó a llorar.

-Jess, cariño, ¿estás llorando?

-Yo... creo que te quiero.

Smith la apretó contra su corazón, sonriendo.

-Eso espero, cielo. Eso espero.

Hicieron el amor durante toda la tarde. Después, se ducharon juntos y volvieron a hacer el amor.

Smith insistió en secar su pelo con el secador. Disfrutaba de cada

segundo con ella. No lo había pasado tan bien en muchos años.

-¿Seguro que sabes lo que haces? Mi pelo es muy rizado y no resulta fácil de manejar.

-Confía en mí, cariño. Cuando era un crío yo también tenía el pelo rizado. Tenía una melena que era el terror de mi madre y tuve que aprender a peinarme para no parecer un erizo. Además, mi pelo era muy duro, pero el tuyo me encanta... el color, la textura. Es tan suave como el satén.

Jessica sonrió.

-Cuántos halagos. Debe de ser el irlandés que hay en ti.

-¿Irlandés?

-Tienes aspecto irlandés. Siempre pensé que tu padre...

-Podría ser. Una pena que nunca pueda enterarme -suspiró él. Unos segundos después apagó el secador y volvió a Jessica, de cara al espejo-. ¿Qué te parece?

-Está... muy rizado -rió ella-. Parezco una mezcla de Diana Ross y Dolly Parton.

-A mí me parece que estás muy sexy.

-¿De verdad?

-De verdad. Me gusta ver tu pelo extendido sobre la almohada. No sé por qué siempre llevas coleta... aunque estás preciosa de todas formas, claro.

Jessica le dio un beso en la mejilla.

-Tengo hambre. ¿Te apetece un bocadillo?

-¿Qué tal un cóctel de mariscos y una copa de champán? Ponte el vestido nuevo y te llevaré a bailar.

-¿A bailar? ¿Tú sabes bailar?

-¿El Papa es católico? Cariño, me encanta bailar. Mi madre y su hermana eran unas expertas y nos enseñaron a bailar a todos.

-¿En serio?

-Nos enseñaron a disfrutar de las cosas buenas de la vida. Sé bailar el vals, el fox-trot, el cha cha cha... incluso el tango.

-A mí me encanta bailar, pero hace siglos que no lo hago. No sé si me acordaré.

-¿Tom no te llevaba a bailar?

-No le gustaba mucho.

-En eso no nos parecemos -sonrió Smith-. No te preocupes, ya te acordarás. Píntate las uñas de los pies y ponte las sandalias de tacón. Esta noche nos vamos de fiesta -dijo entonces, mordisqueando su hombro-. Bueno, dentro de un ratito...

Riendo, Jessica se apartó.

-De eso nada. Antes tenemos que comer... y bailar. Vístete. Estaré

lista en quince minutos.

Mientras la veía marchar, Smith sonreía como el gato que se comió al canario. Se sentía de maravilla. Como si alguien hubiera encendido una luz dentro de él. Estaba loco por ella, completamente loco. Si no fuera por...

No, no iba a pensar en eso. Pensaba disfrutar de aquel fin de semana. Durante un par de días, pensaría que Tom nunca había existido. O, al menos, lo intentaría.

Jessica encontró laca de uñas en uno de los cajones del baño. Intentando no preguntarse de quién sería, se pintó las uñas de los pies mientras canturreaba una canción.

El vestido azul que Smith le había regalado le quedaba perfecto. Llegaba hasta los tobillos y tenía una abertura en la pierna casi hasta el muslo.

Aunque tenía la nariz todavía un poco colorada, podía disimularlo con maquillaje. No necesitaba colorete, solo un poco de brillo de labios y máscara en las pestañas.

No estaba mal... para quien le gustase la imagen de «recién levantada de la cama». Se echó el pelo hacia atrás, sujetándolo con un clip, y dejó un par de mechones sueltos alrededor de la cara.

Unos aretes de plata y un toque de perfume... Entonces miró sus pies desnudos. Zapatos, necesitaba zapatos.

Las sandalias blancas que Smith insistió en comprar eran perfectas.

Y estaba lista. En veinte minutos.

Cuando abrió la puerta del dormitorio, él estaba esperando, guapísimo con una camisa verde y pantalones de color caqui. Y la luz que brilló en sus ojos al verla la calentó por dentro.

-Estás guapísima, cariño.

Jessica levantó un pie para mostrarle sus uñitas pintadas de rosa.

-¿Te gusta?

-Estás perfecta.

-Seguro que eso se lo dices a todas tus amigas -dijo ella, haciendo una mueca.

-No tengo amigas. Hace tiempo que no las tengo.

Eso le gustó. Aunque intentó disimularlo.

Jessica dejó escapar un suspiro mientras apoyaba la cabeza en el pecho de Smith. Estaban bailando una canción romántica en la pista de baile.

El cóctel de mariscos había sido delicioso, el pastel de pescado fantástico y Smith era un bailarín de fábula.

-No bailaba así desde los dieciséis años. Había olvidado cuánto me gustaba.

-Una pena. Se te da muy bien.

Y era cierto. Había empezado a recordar todos los movimientos entre sus brazos. Smith estaba guapísimo aquella noche... y a Jessica no le habían pasado desapercibidas las miradas de otras mujeres.

Curiosamente, sintió el absurdo deseo de decirles que dejasen de mirar o ponerle un cartel en la espalda que dijera: «¡Es mío!»

Tenían la pista de baile casi para ellos solos. Había gente en la barra del bar y en las mesas, pero se fueron marchando a medida que pasaban las horas, dejándolos solos con el disc jockey y el camarero. Smith les había dado una buena propina y parecían dispuestos a quedarse hasta el amanecer.

-¿Estás cansada?

-Un poco. Pero no quiero que termine la noche. Lo estoy pasando muy bien. Además, aún no hemos bailado el cha cha cha.

Smith sonrió.

-No creo que el disc jockey tenga ese tipo de música. Voy a preguntarle... ¿quieres una copa?

-Otra tónica, por favor.

Jessica se sentó mientras él iba a hablar con el disc jockey.

-No hemos tenido suerte con el cha cha cha, pero cree que tiene algún ritmo latino. Va a comprobarlo mientras tomamos algo.

Al final, lo único que tenía eran ritmos caribeños, salsa, lambada... de modo que decidieron marcharse.

-Creo que tengo algún tango en casa -le dijo al oído-. Podemos desnudarnos y bailar en la cocina.

-¡Smith! -rió ella, corriendo hacia el coche.

Bailar desnuda en la cocina era una experiencia completamente nueva para ella. Pero lo hicieron... y le encantó.

Hizo muchas cosas aquella noche que no había hecho antes. Y las disfrutó todas.

Era maravilloso poder decir y hacer lo que quisiera y se sentía embriagada de libertad.

A la mañana siguiente, volvieron a tomar el barco. Jessica estaba empezando a ser una experta... en el timón.

Smith le puso crema por todo el cuerpo y la aplicación había dado lugar a otras cosas. De hecho, algunos de los sitios donde él insistía en poner crema nunca verían la luz del sol.

La temperatura era maravillosa y no había nadie en muchas millas marinas a la redonda, de modo que navegaron durante una hora desnudos por completo. Era sensacional.

-Esto me encanta -murmuró Jessica, al timón, con Smith acariciándola por detrás-. No puedo creer que esté haciéndolo.

-Yo tampoco.

-¿No lo habías hecho antes?

-No se me había ocurrido hasta que te conocí. Me inspiras, cariño -suspiró Smith, metiendo una mano entre sus piernas.

-Si sigues haciendo eso vamos a terminar en el agua.

-Yo te salvaré. No te preocupes.

Y lo hizo.

Y después cambiaron de sitio.

Se sentía completamente desinhibida. Era maravilloso.

-Seguro que los del helicóptero lo están pasando bomba -dijo Smith entonces.

-¿Qué helicóptero? -exclamó Jessica.

Él soltó una carcajada.

Solo había nubes y un par de pájaros en el cielo.

-Era una broma.

-¡Serás tonto! Qué susto me has dado.

-Lo siento, cielo. Pero es que contigo me siento como un niño travieso.

-Lo sé, a mí me pasa igual. Entrar en esa cafetería de Harlingen es lo mejor que he hecho en toda mi vida. Te quiero mucho, Smith.

Aquella noche, Smith tenía el corazón en un puño. Jessica dormía en sus brazos y las olas golpeaban rítmicamente la playa. Sexualmente saciado... sexualmente exhausto, debería haberse quedado dormido.

Pero no lo estaba. Estaba absolutamente despierto.

Pensando en Tom.

Y en Jessica. Su mujer.

Smith lo había tenido todo: educación, dinero, una familia, montones de oportunidades... Su abuelo le había regalado un millón de dólares cuando se graduó en la universidad y, como él había doblado esa cantidad en poco tiempo, Cherokee Pete le dio diez millones más, el trato que había hecho con todos sus nietos.

Todo lo que tocaba se convertía en oro, su negocio prosperaba, tenía las casas de sus sueños y podía acostarse casi con cualquier mujer. La vida había sido estupenda hasta que se enteró de que sus padres no lo eran de verdad.

Aquello fue un golpe terrible, pero nada comparado con lo que Tom tuvo que sufrir.

Su otra mitad había tenido una existencia terrible, sin padre conocido y con una madre dro-gadicta. No pudo terminar la carrera y tuvo que ponerse a trabajar cuando era muy joven. Lo único que lo hizo feliz en la vida fue su trabajo, su granja... y su mujer.

Pero el destino le jugó otra mala pasada cuando quedó paralizado

por un accidente. No podía caminar por su huerto, ni montar a caballo... tuvo que vender su granja para pagar las deudas y su negocio se arruinó porque no podía trabajar.

Y Jessica, su mujer.

Seguramente fue lo mejor de su vida. Tom murió y también la perdió a ella. La perdió, dejándola con un montón de deudas.

Y en aquel momento, en lugar de honrar la memoria de su hermano, Smith se había llevado a su viuda a la cama.

No era culpa de Jessica. Estaba seguro de que conscientemente o no, ella seguía pensando en Tom.

Hasta esto le había robado Smith a su hermano.

Intentaba racionalizar sus sentimientos, pero se sentía terriblemente culpable.

Capítulo 12

El aroma a café recién hecho despertó a Jessica. Alargó la mano para buscar a Smith, pero él no estaba en la cama.

-Buenos días, dormilona -la saludó él cuando entró en la cocina-. Es hora de volver a la civilización. ¿Cómo te gustan los huevos?, ¿revueltos?

Aún medio dormida, ella enredó los brazos alrededor de su cintura y apoyó la cara en su espalda.

-No quiero huevos. Necesito un café. ¿Tenemos que volver a Harlingen?

-Me temo que sí, Cenicienta. Tienes que llevar un negocio y yo también. Y esta tarde tienes sesión de fisioterapia.

-Yo creo que ya no necesito fisioterapia. Ahora uso mucho mejor la mano, ¿ves? -rió Jessica, metiendo la mano en su bragueta.

-¡Por favor, Jess! Si empezamos así... se me quemaran las tortillas y llegaré tarde a la reunión.

-¿Qué reunión?

-¿Por qué no te duchas rápidamente? Cuando vuelvas, tendrás el desayuno preparado.

Un poco sorprendida por su actitud, Jessica tomó una taza de café y volvió a la habitación. ¿Desde cuándo le importaba más si se quemaban unas tortillas que hacer el amor con ella? Pero había mencionado una reunión... quizá era importante.

Smith estaba sirviendo los huevos revueltos en el plato cuando entró de nuevo en la cocina.

-Esto tiene buena pinta. ¿Sabes cocinar? -rió ella, abrazándolo.

-Cuidado, vas a quemarte. Y no sé cocinar, solo sé hacer huevos revueltos o fritos. También sé abrir latas, claro. Siéntate, anda. ¿Quieres mermelada?

-No, gracias.

Desayunaron mirando el mar y Jessica deseó estar de nuevo en el barco, en lugar de tener que volver a Harlingen.

-¿Cómo puedes marcharte de aquí? Yo viviría en esta playa toda la vida.

-A veces me resulta difícil, pero me recuerdo a mí mismo que hasta el paraíso resulta aburrido si te quedas mucho tiempo. Así lo disfruto más.

-Quizá podríamos volver el próximo fin de semana.

-Tienes que irte a Dallas, ¿recuerdas? Para la feria.

-Ah, sí, es verdad. Y tengo un millón de cosas que hacer. ¿Vendrás a Dallas conmigo?

-Lo siento, pero no puedo. Tengo una reunión del consejo de administración y he de preparar muchos papeles.

-Ah, claro -murmuró ella, sintiéndose culpable. Estaba dejando el trabajo a un lado por su culpa.

Desde que llegó a Harlingen, el pobre apenas pisaba la oficina. Y una empresa como la suya no se dirigía sola.

-¿Has hecho la maleta?

-Sí, ya está todo listo.

-Estupendo -sonrió Smith-. Puedes dejar los platos en el fregadero. La criada llegará dentro de media hora.

Si Jessica había visto cómo Smith se animaba en la isla, vio que ocurría justo lo contrarío al volver a Harlingen. Cuanto más se acercaban, más serio se ponía.

Apenas había podido sacarle dos palabras. Era muy amable, como siempre. Smith siempre era amable. Pero empezaba a estar... distante.

Y los pararon por exceso de velocidad. Afortunadamente, conocía al policía y solo recibió una mirada de reprimenda.

Parecía tener una prisa enorme por llegar a casa. Cuando Jessica lo mencionó, su única respuesta fue:

-Cuando tengo cosas en la cabeza, suelo pisar el acelerador sin darme cuenta. Perdona.

-¿Puedo hacer algo?

-No.

Cuando llegaron a casa, recibió una tremenda sorpresa: él dejó la maleta en la puerta de su dormitorio. Jessica pensaba que iban a dormir juntos, pero... no era así.

Y eso le dolió. Iba a decírselo, pero no se sentía tan desinhibida como el día anterior. Había una barrera entre ellos.

-Tengo que irme a la oficina -dijo Smith, mirando su reloj-. Seguramente estaré liado todo el día. Ric te llevará a la sesión de fisioterapia.

-No necesito que me lleve nadie. Puedo ir yo sola si no te importa prestarme uno de tus coches. O puedo alquilarlo.

-No hace falta que lo alquiles, Jessica. Tengo un garaje lleno de coches, así que puedes elegir el que quieras. Yo creo que el BMW es el más fácil de maniobrar. ¿Necesitas algo más?

Sorprendida por el cambio de actitud, ella lo miró, atónita.

-No -dijo por fin-. No necesito nada. Smith Rutledge desapareció como alma que lleva el diablo.

-Hablando de Jekyll y Hyde...

Quizá se parecía más a Tom de lo que había creído. Tom siempre fue un poco distante, pero ella sabía cuándo estaba de mal humor y lo

dejaba en paz. Enfrentarse con él era lo peor que podía hacer. Quizá Smith era de la misma forma.

Eso la preocupó.

No, no podía creer que fuese como Tom. Algo lo preocupaba. El negocio, seguramente.

Unos minutos después, fue al taller donde Juanita y otras dos mujeres estaban trabajando.

A la hora de comer ellas se fueron y Jessica se quedó diseñando nuevos modelos.

Pero no hizo mucho. No podía dejar de mirar por la ventana, recordando la isla, el barco, el viento en la cara y las manos de Smith sobre su cuerpo.

-¿Señorita Jessica?

Rosa estaba frente a ella con la bandeja del almuerzo en la mano.

-Ah, gracias.

-Tiene que comer algo.

-Creo que comeré al lado de la piscina.

Iba a tomar la bandeja, pero el ama de llaves insistió en llevarla.

-Ya no me duele la muñeca. Puedo hacerlo yo.

-El señor Rutledge me ha dicho que cuide de usted y pienso hacerlo.

-Muy bien. De acuerdo.

Comer sola al lado de la piscina no fue nada divertido. Jessica tomó un poco de ensalada y después fue a cambiarse para la sesión de fisioterapia.

La casa estaba en silencio cuando volvió. En la cocina, Rosa limpiaba judías para la cena. Intentó ayudarla, pero el ama de llaves se negó en redondo.

Intento trabajar, pero estaba inquieta. Y era demasiado temprano para llamar a Shirley, que seguiría en el instituto.

Mel. No había hablado con él en siglos. Animada por la idea de hablar con su padre adoptivo, llamó a Florida.

Pero Mel estaba jugando al dominó con sus amigos y no volvería hasta la noche, le contó su nuera.

Sintiéndose sola, paseó por la plantación y después fue a los establos. Río apenas le prestó atención, pero Dulce, la yegua, relinchó al verla.

-Hola, guapa. Siento no haberte traído nada. Solo he venido a charlar. ¿Te apetece?

Dulce levantó la cabeza como si entendiera. Riendo, Jessica acarició su nariz. Después empezó a cepillarla, charlando sobre unas cosas y otras, sobre todo de Smith y de lo raro que estaba.

-Los hombres son muy raros, ¿verdad?

Dulce movió la cola, mirándola con unos ojos en los que casi podía leer: «Ya te digo».

Media hora después soltó el cepillo.

-Gracias, Dulce. Ahora me siento mucho mejor. Y espero que podamos charlar en otro momento.

Era casi la hora de la cena cuando volvió a casa.

-Ha llamado el señor Rutledge -le dijo el ama de llaves con expresión compungida-. No puede venir a cenar, así que Ricardo le servirá cuando usted diga.

-Gracias, Rosa. Voy a lavarme un poco.

Aunque llevaba años comiendo sola, Jessica se dio cuenta de que se había acostumbrado a tener compañía. La compañía de Smith. Y la comida le supo a cartón.

No solo no fue a cenar, sino que no había llegado a casa cuando se puso el pijama. Ni a medianoche.

Por la mañana, Rosa le dijo que se había marchado muy temprano. Y aquella noche tampoco fue a cenar.

-Es que tiene mucho trabajo. Problemas con la empresa y reuniones, ya sabe.

Al menos podría llamarla, pensó Jessica. O entrar en su habitación para darle un beso.

Pero quizá esa era su forma de decirle adiós. Quizá lo que habían compartido el fin de semana fue más importante para ella que para él. No estaba acostumbrada a aquel tipo de aventura. No conocía las reglas. Tom era el único hombre con el que se había acostado y su vida sexual era... bastante rutinaria.

Smith estaba a años de luz de ella en cuanto a experiencia. ¿Las cosas que le dijo al oído serían solo frases hechas? ¿Los días que pasaron en la isla Padre habrían sido solo un revolcón para él? Estaba muy confusa. Y dolida.

Quería pensar que estaba preocupado por su negocio, quería concederle el beneficio de la duda. Pero no pensaba mantener otra relación con un hombre que la volviese loca ni que la hiciera cuestionarse su propio valor.

Al día siguiente hablaría con Smith sobre sus sentimientos. Y si él no le contaba qué estaba pasando, se marcharía. Montaría en su caravana y se iría de allí.

Aquella noche durmió abrazada a la almohada. Pero despertó al ver una figura oscura al lado de la cama.

-¿Smith?

-Perdona que te haya despertado. Duérmete, Jess.

Antes de que ella pudiera responder, se había ido.

Jessica miró el despertador. Las dos de la mañana. ¿Qué demonios estaba pasando?

-¡Ya está bien de tonterías! -exclamó, apartando el edredón.

Llamó a la puerta de su dormitorio y entró sin esperar respuesta. Smith no estaba allí, pero oyó el grifo de la ducha.

Cargando en esa dirección, iba murmurando para sí misma lo que pensaba decirle. Lo acla-rararían todo inmediatamente, aquella misma noche. En el cuarto de baño si era necesario.

Desnudo, empapado y atónito, Smith se quedó mirándola sin decir nada. Su miembro estaba erguido y, al verlo, se despertó en ella un deseo inmediato. Tanto, que olvidó la urgencia de su misión.

«¿Por qué voy a desperdiciar este momento?», se dijo a sí misma.

-No entres en la ducha, Jessica.

-¿Por qué no?

-Porque... vas a quedarte helada -suspiró Smith, cerrando el grifo.

-Tenemos que hablar.

-Es tarde. ¿Por qué no hablamos por la mañana?

-Mañana tendrás otra reunión y quiero hablar ahora. Bueno... quizá dentro de unos minutos. ¿Por quién estás tan caliente? -murmuró Jessica, envolviéndolo seductoramente en una toalla.

-Jess, por favor... No hagas eso, cariño.

Pero volvió a hacerlo, restregándose contra él.

-Dime por quién estás tan caliente.

Smith la besó entonces con un ansia que le dejó las rodillas temblorosas.

-Por ti, tonta. Es por ti por quien estoy caliente. Me estás matando, Jess. Que Dios me ayude, no puedo borrarte de mi cabeza.

Después la tomó en brazos y se dirigió a la cama.

Y, entonces, los dos se volvieron locos.

Jessica se despertó a las siete de la mañana en la cama de Smith. Sola.

Otra vez sola. Y no habían hablado mucho. Desde luego, no hablaron de lo que tenían que hablar. Y era evidente que Smith intentaba evitarlo.

Suspirando, se levantó de la cama y fue a su habitación. Pero estaba decidida: antes de que terminase el día iba a hablar con él. Evidentemente, el problema no era que se hubiese cansado. La noche anterior no parecía cansado en absoluto. Pero pasaba algo. Algo muy raro. No se creía la historia de las reuniones.

Intentando olvidarse del asunto, trabajó con las costureras toda la mañana. Eligió los bolsos que llevaría a la feria y, cuando todos

estaban guardados en cajas, fue a la cocina para tomar un vaso de agua.

Pero Rosa tenía otro mensaje para ella:

-El señor Rutledge no vendrá a cenar.

El anuncio fue como un jarro de agua fría. Pero ya estaba harta de aquel juego.

-Muy bien. Entonces tampoco me quedo yo a cenar.

Después de la sesión de fisioterapia, fue a la peluquería para cortarse las puntas y hacerse la manicura.

Más tarde se fue de compras, cenó en un restaurante chino y fue al cine a ver la última película de Mel Gibson. Eran casi las doce cuando llegó a casa.

Smith estaba esperando en la puerta.

-¿Dónde demonios has estado?

Jessica parpadeó, atónita.

-¿Perdona?

-¿Dónde has estado? -repitió él. Casi le salía humo de las orejas.

-Por ahí.

-¿Dónde?

-Tenía reuniones -contestó Jessica, intentando entrar. Pero él le bloqueaba el paso.

-¿Qué demonios significa eso? ¿Qué has estado haciendo?

-¡Maldita sea, Tom, yo no tengo que darte explicaciones!

Smith se puso pálido.

-No soy Tom. El está muerto. Soy Smith. ¡Soy Smith!

-Lo sé...

-Acabas de llamarme Tom. ¡Y yo no soy Tom! Nunca seré Tom. Llevo dos horas esperándote, temiendo que hubieras sufrido un accidente o... yo qué sé, algo peor.

Después de eso, salió de la casa dando un portazo.

Jessica apretó los labios, pálida. ¿Por qué le había llamado Tom? Quizá se le escapó al oírlo gritar. Incluso antes del accidente, su marido era paranoico sobre lo que hacía o dejaba de hacer.

Después fue mucho peor. Tener que darle explicaciones de cada uno de sus movimientos, la volvía loca. Y no volvería a pasar por eso. De ninguna manera.

«Se acabó. Me marcho».

Capítulo 13

Smith se dirigió hacia la plantación. No estaba enfadado, sino asustado, aterrorizado. Y su mayor miedo acababa de hacerse realidad: Jessica lo había llamado Tom.

A pesar de decir que no, los confundía. Su error freudiano lo había dejado claro.

Maldiciendo y rezando a la vez, caminó entre los árboles a gran velocidad para calmarse y, por fin, se dejó caer al suelo, con la cabeza entre las manos. ¿Qué demonios iba a hacer? Estaba loco por una mujer que amaba a un hombre muerto.

Su hermano. Su hermano mellizo al que nunca conoció.

Había intentado alejarse de ella, lo intentó todo, pero era una fiebre, una obsesión imposible. Quizá sería mejor si no volviese de Dallas. Quizá, con el tiempo...

Entonces oyó el ruido de un motor.

Jessica.

-¡No, no!

Smith se levantó de un salto. Estaba saliendo de la plantación cuando vio que la caravana se dirigía hacia la verja de hierro. Decidido, se plantó en medio del camino y levantó los brazos.

Ella tocó el claxon, pero Smith no se movió. Si se marchaba, tendría que hacerlo por encima de su cadáver. Si tenía que luchar por ella contra un fantasma, lo haría.

La caravana se detuvo, pero Jessica siguió tocando el claxon. Y él no se movió.

-¡Apártate!

-¡No pienso hacerlo hasta que hablemos!

-¿Hablar? Llevo días intentando hablar contigo -replicó ella-. ¡Pero tenías muchas reuniones! ¡Apártate!

-Tendrás que pasar por encima de mí. No pienso moverme.

Jessica se quedó en silencio.

-Muy bien. De acuerdo.

-Apaga el motor y hablaremos.

Ella apagó el motor y abrió la chirriante puerta de la caravana.

-Sube.

-No, baja tú. Hablaremos en casa, cariño.

-No me llames «cariño». Y no pienso ir a casa. Si quieres hablar, sube.

Smith obedeció.

-Muy bien. Habla.

-Siento mucho haberme puesto así, pero te quiero y estaba

preocupado por ti.

-Dilo otra vez.

-Estaba preocupado por ti.

-No, lo otro.

-Siento haberme puesto así.

-No, lo otro -insistió Jessica.

-Te quiero.

-Nunca me lo habías dicho.

-Claro que te lo he dicho.

Ella negó con la cabeza.

-No. Yo te lo he dicho una docena de veces, pero tú no. Empezaba a pensar que solo había sido un revolcón y querías librarte de mí.

-¿Qué dices? Estoy loco por ti, pero me confundes con Tom y...

-¡Un momento! Yo no os confundo en absoluto. Siento mucho haberte llamado Tom, pero es que estábamos discutiendo y... sonabas como él. Solía hacerme la vida imposible con sus celos e interrogatorios y... hay cosas que no sabes sobre mi vida con él, Smith.

-No necesito saberlo.

-Sí, lo necesitas. Crees que estaba loca por Tom y que lo veo de nuevo en ti. Que por eso estoy contigo. Pero no es así. Dejé de amarlo antes del accidente. Supongo que no quería desilusionarte con esta fea historia, pero es la realidad. Tienes que saber la verdad sobre Tom, Smith. Era un alcohólico amargado y una persona con la que no se podía vivir. Le supliqué que fuese a Alcohólicos Anónimos, pero no me hizo caso. Al final, yo tuve que ir a un psicólogo y así encontré fuerzas para dejarlo. Llevábamos varios meses separados y yo había solicitado el divorcio cuando sufrió el accidente. Tuve que cuidar de él porque no tenía a nadie más y... porque necesitaba mi seguro médico.

En los ojos de Smith había una mezcla de pena y rabia.

-¿Te maltrataba?

-¿Físicamente? No. ¿Emocionalmente? Sí, casi desde el principio. Tom se negaba a buscar ayuda. Se apartaba de mí, no me contaba sus cosas... como tú has hecho estos días. Pasé por un infierno y no pienso hacerlo otra vez, Smith. Es mejor marcharme ahora. Agradezco todo lo que has hecho por mí y siento mucho que nunca conocieses a tu hermano. Quizá podrías haberlo ayudado... quizá no.

-Pobre hombre. No tuvo muchas oportunidades, ¿no?

-Eso no es verdad. Tuvo una infancia difícil, como mucha gente. Pero él eligió seguir siendo una víctima. No lo conviertas en un mártir, Smith. Y no seas como él.

-Yo no bebo.

-Una sabia decisión, pero no estoy hablando de eso. No te apartes

de la gente que te quiere.

-¿Tú me quieres, Jessica?

-Claro que sí. Pero no estoy dispuesta a soportar una relación como la que tuve con Tom. Las parejas necesitan comunicarse.

-¿Estamos comunicándonos ahora?

Ella rió suavemente.

-La que habla soy yo. ¿No te has dado cuenta?

-Deja que te explique por qué he estado comportándome como un imbécil estos días.

Smith vació su alma, contándole lo culpable que se sentía por quererla, sus miedos de ser un mero sustituto de Tom... Se lo contó todo.

-Jess, te quiero con todo mi corazón. Quédate conmigo y deja que te lo pruebe. Juro que jamás volveré a portarme como lo he hecho. Puede que me preocupe, pero mantendré la boca cerrada. Y haré todo lo posible para comunicarme contigo como un ser civilizado, te lo prometo -murmuró, besando su mano-. Dame otra oportunidad. Ayúdame a hacerlo bien.

-Si digo que sí, ¿harás algo por mí?

-Lo que quieras.

-¿Irás a ver a tus padres?

Él no dudó un segundo.

-Si eso es lo que quieres, lo haré. Caminaría encima de brasas encendidas por ti, Jess.

-No necesito que hagas eso -rió ella, acariciando su pelo-. Solo quiero que seas feliz. Sé que tu familia te quiere y te echa de menos. Es hora de hablar del pasado y dejarlo atrás.

-Lo he intentado, pero no quieren hablar.

-Pues yo creo que ha llegado la hora -sonrió Jessica, arrancando la caravana.

-¿Dónde vamos?

-De vuelta al granero.

Smith sonrió.

-¿Has hecho el amor en la caravana alguna vez?

-Pregúntamelo mañana.

Jessica se despertó en los brazos de Smith y con el mono de peluche en una mano. Sonriendo se estiró, feliz.

-Buenos días, cariño -la saludó él.

-Buenos días.

-¿Has hecho el amor en una caravana?

-Muchas veces -rió ella-. ¿Desde cuándo estás despierto?

-Desde hace un rato. Estaba mirándote dormidita... Por cierto, ese

mono es el muñeco más feo que he visto en toda mi vida.

Ella tapó las orejas del peluche con las manos.

-No digas eso. Vas a herir sus sentimientos. Shirley me lo regaló por mi cumpleaños antes de que empezáramos con el negocio y me ha acompañado en todos mis viajes. ¿Qué hora es?

Smith miró su reloj.

-Casi las ocho. ¿Quieres desayunar?

-Sí. ¿Tienes reuniones hoy?

Él se aclaró la garganta.

-Verás... cariño, tengo que confesarte una cosa.

-¿Confesar?

-Sí. ¿Prometes no enfadarte?

-No prometo nada. Escúpelo.

-No tenía ninguna reunión. Bueno, ninguna que durase más de una hora.

-Entonces, ¿qué has estado haciendo estos días?

-Matando el tiempo. Jugando a las cartas, haciendo pesas en el gimnasio de la oficina... haciendo lo que podía para olvidarme de ti. Pero no funcionaba -murmuró él, besándola suavemente en los labios-. Y ahora solo puedo pensar en un montón de tortitas con sirope de caramelo.

-Vaya, gracias -rió Jessica, dándole un codazo-. Vamos a desayunar antes de que te mueras de hambre.

Se vistieron y bajaron riéndose de la caravana.

-Recuérdame que compre una cama más grande... por si volvemos a usarla -sonrió Smith-. Me duele el cuello.

-Te daré un masaje más tarde. Soy una masajista buenísima. Tomé lecciones cuando Tom... perdona.

-No te preocupes. Tu vida con Tom es un hecho. No podemos ignorar su existencia. Ya no pasa nada, Jessica. Por cierto, ¿ya no te duele la muñeca?

-No. De hecho, el fisioterapeuta me dijo que no tenía que volver. Pero debo hacer los ejercicios en casa.

-Entonces, exijo mi masaje. ¿Por qué no vas a ducharte mientras yo le digo a Rosa que haga el desayuno? ¿Te apetecen tortitas con nata?

-Mucho.

Media hora después, se habían tomado seis tortitas cada uno. Para recuperar fuerzas.

-Voy a tener que ponerme a régimen. Ya casi no puedo abrocharme los vaqueros... a partir de ahora, solo ensaladas. Y tengo que hacer ejercicio. Correr, quizá.

-Pues tendrás que comprar unas buenas zapatillas. Podemos ir de

compras esta mañana.

-Ya tengo zapatillas, muchas gracias.

-No, yo soy tu entrenador a partir de ahora e insisto en comprar las zapatillas adecuadas.

-Sí, entrenador -sonrió Jessica-. ¿Has pensado en el viaje a Dallas? Yo estaré muy ocupada en la feria y podrías hablar con tus padres mientras estoy trabajando.

Smith se quedó callado un momento.

-Podríamos ir el sábado a visitar a mi abuelo. Me encantaría que lo conocieses...

-Perdone, señorita Jessica -los interrumpió Rosa-. Hay una llamada para usted. Es la señora Myers, de Neimann Marcus.

-Ah, sí... Hola, Sandi -la saludó ella, tomando el inalámbrico-. Te he mandado el pedido ayer. Llegará mañana.

-Estupendo, pero llamo por otra razón.

Mientras hablaba, Jessica tenía que contener su entusiasmo.

-Sí, me parece una propuesta interesante. Deja que hable con mi socia y te llamaré más tarde.

Cuando colgó el teléfono, prácticamente se puso a dar saltos por la cocina.

-¡Yupi! ¡Yupi!

-Buenas noticias, veo -sonrió Smith.

-Tengo que hablar con Shirley, pero ahora está en clase. No me lo puedo creer... simplemente, no me lo puedo creer.

-¿Qué ha pasado?

-Sandi dice que están quitándoles los bolsos de fiesta de las manos. Ya los han vendido todos y tienen una lista de espera. ¡Neimann Marcus quiere que firmemos un contrato en exclusiva durante dos años, y van a ponerlos en el catálogo de Navidad! ¿Te lo puedes creer? -exclamó Jessica, echándose en sus brazos-. ¿Qué te parece?

-Primero tendrás que decidir si quieres vender tus bolsos en un solo mercado, o deseas ampliar horizontes. ¿Cuántos empleados necesitarías para eso? ¿Cuánto espacio? ¿Te garantiza Neimann Marcus un pedido mínimo anual? ¿Qué pasa con los clientes de las otras boutiques? Me temo que para firmar ese contrato necesitas un abogado.

Ella le dio un beso en los labios.

-Me gusta tenerte cerca. No se me había ocurrido pensar en nada de eso. Voy a hacer una lista de todo lo que tenemos que considerar antes de llamar a Shirley.

-¿Antes o después de ir de compras?

-Hoy no tengo tiempo para eso. Podría correr un rato por el jardín.

O hacer pesas en el gimnasio.

Estuvieron una hora en el despacho hablando sobre todas las contingencias de un contrato en exclusiva, y después llamó a Shirley mientras Smith iba a nadar un rato. Cuando llegaron a un acuerdo, llamó a Sandi Myers y después fue a su habitación para ponerse el bikini rosa.

Un minuto después se tiraba de cabeza a la piscina.

-¿Qué es esto, una sirena? -bromeó él.

-Shirley y yo hemos tomado una decisión. Queremos servir a todos nuestros clientes, pero nos interesa el contrato con Neimann Marcus -contestó Jessica, enredando los brazos alrededor de su cuello-. Si mantenemos una producción baja de muy buena calidad, nuestros bolsos seguirán en el mercado durante mucho tiempo, sin pasarse de moda. Además, así se justificará su alto precio. Por cierto, ¿conoces a algún buen abogado?

-Dos docenas -rió Smith.

-Estupendo. Sandi está enviando una copia del contrato ahora mismo.

-Entonces ya no necesitas ir a la feria de Dallas.

-Au contraire, monsieur. De esta no te escapas. Sandi quiere que vaya a Dallas para conocer al gran jefe y firmar el contrato la semana que viene. Así que podemos visitar a tus padres. Elige un día.

Capítulo 14

-¿Nervioso? -le preguntó Jessica mientras conducían por la avenida Highland. El domingo por la tarde era un día tranquilo en aquella zona de Dallas.

-Como diría mi abuelo Pete, estoy más nervioso que un pavo en Navidad. No sé cómo van a reaccionar mis padres. Solo les he dicho que venía a ir a verlos con una persona.

-Todo va a salir bien. Ya lo verás.

-Eso espero.

Cuando llegaron frente a la mansión de ladrillo visto, se le hizo un nudo en la garganta.

-¿Creciste aquí? -preguntó Jessica.

-Es muy diferente de la casa en la que vivió Tom, ¿no?

-Es una casa preciosa, Smith. No tienes por qué sentirte culpable. Deberías estar orgulloso.

-Y lo estoy. He sido muy feliz aquí. Kyle y yo construimos una casa encima de un árbol, como todos los demás niños. Y mi madre siempre estaba preocupada de que nos rompiéramos el cuello.

-Como todas las madres.

Suspirando profundamente, Smith salió del coche. Unos segundos después, su madre abría la puerta con una sonrisa en los labios.

-¡Smith! -exclamó, abrazándolo.

-Hola, mamá.

-Hijo -lo saludó su padre.

Cuando Smith iba a darle la mano, el hombre lo abrazó, dándole palmadas en la espalda.

-Hola, papá.

-Me alegro mucho de tenerte en casa.

-Ay, perdona -dijo su madre entonces, mirando a Jessica-. Estamos tan contentos de ver a Smith, que se nos han olvidado las buenas maneras.

-Mamá, papá -dijo él entonces, poniendo un brazo sobre sus hombros-. Os presento a Jessica, una persona muy especial para mí.

-Señora Rutledge... doctor Rutledge -los saludó ella.

-Estamos encantados de conocerte, Jessica. Pero llámanos Sarah y TJ. En esta casa somos poco dados a las formalidades, especialmente desde que mi marido se retiró. Qué pena que Kyle y Irish no estén aquí... Pero el niño solo tiene diez días y no paran los pobres. Tenéis que ir a verlos, Joshua es una monada.

Jessica sonrió.

-Parece que les gusta ser abuelos.

.Nos encanta -rió T.J.-. Vamos a mimarlo todo lo que podamos.

-Eso está muy bien.

-Por cierto, tu madre ha hecho café y pastel de chocolate, hijo.

-¿El de nueces, mamá?

-El de nueces. Vamos a cortarlo.

-Espera un momento. Antes quiero enseñaros algo.

Sus padres se miraron sin decir nada. Fueron al salón y Smith sacó del maletín la fotografía de Tom y Jessica. Después sacó otros papeles que colocó sobre una mesa de caoba.

Sarah tomó la fotografía.

-Aquí pareces más joven. No sabía que os conocierais...

-No soy yo, mamá. Es Tom Smith, el difunto marido de Jessica. Murió hace dos años.

Sarah tomó la mano de su marido, que la ayudó a sentarse en un sillón.

-¿Qué significa esto, hijo?

-Es la hora de la verdad, papá -dijo Smith, señalando los documentos-. Esta es la partida de nacimiento de Tom y esta es la mía... Estas son copias de informes médicos de la familia. Este es mi grupo sanguíneo... lo he estudiado todo a fondo. La semana pasada recibí los resultados de las pruebas de ADN que definitivamente me emparentan con una mujer llamada Lula Smith. Está en una residencia de Oklahoma. Era la abuela de Tom... y la mía también, creo. Está claro que soy adoptado. Tom Smith era mi hermano mellizo, ¿no?

Sarah se puso a llorar y T.J. intentó consolarla.

-¿Esto era necesario? Mira el disgusto que le estás dando a tu madre.

-Es necesario, papá. Os quiero muchísimo, pero necesito saber la verdad.

Su madre levantó la cabeza.

-Había jurado sobre una Biblia no decírtelo nunca, hijo. Ella no quería que lo hiciera. Y tú eras tan pequeñito... Si no te hubiera dejado con nosotros, habrías muerto. Así que lo juramos.

-¿A quién?

-Deja que te cuente la historia -dijo su padre en ese momento, aclarándose la garganta-. Yo estaba en Saint Louis entonces. Kyle tenía dos años y tu madre estaba embarazada, pero perdió al niño en el parto y se quedó destrozada. En la habitación de al lado había una mujer que acababa de tener mellizos.

-¿Es esta? -preguntó Smith, mostrándole una fotografía de Ruth.

-Sí. Esta es. No estaba casada y vivía de la beneficencia... en fin, uno de los niños estaba sano y el otro, tú, tenía un problema de

corazón. Yo sabía que necesitarías muchos cuidados, una operación... en fin, mucho dinero para el tratamiento. Sabiendo que nosotros podríamos cuidar de ti, esa mujer aceptó que te adoptásemos.

-Para ella fue muy duro abandonarte -dijo Sarah entonces-. Pero sabía que no podría cuidar de los dos niños. Se le partió el corazón, por eso nos hizo jurar sobre la Biblia que nunca te diríamos nada. Y nos hizo prometer que te llamaríamos Smith. Yo quise romper ese juramento muchas veces, pero... que Dios me perdone por romperlo hoy.

-¿Por qué no adoptasteis también a Tom?

-Queríamos hacerlo, pero ella no lo permitió. No podía separarse de los dos niños. Al día siguiente del parto se marchó del hospital sin dejar una dirección, y nunca más volvimos a saber nada de ella.

-¿No os contó quién era mi padre?

-No nos contó nada. Ni siquiera de dónde era.

Smith dejó escapar un largo suspiro. Sentía como si le hubieran quitado un enorme peso de encima.

-Entonces, ¿esa es toda la verdad?

-Toda la verdad -dijo su padre.

-Mamá, te quiero mucho. Y quiero que lo sepas. No podría haber tenido una madre mejor.

Sarah empezó a llorar de nuevo.

-Yo te quiero muchísimo, Smith. Y no verte en tres años sin saber por qué...

-Prometo que, a partir de ahora, me veréis más -sonrió él, abrazándola-. ¿Dónde está ese pastel de chocolate?

-Voy por él ahora mismo.

-La acompaño -dijo Jessica-. Por cierto, me encanta el color de las paredes. Nosotros teníamos...

Cuando salieron del salón, su padre y él se miraron.

-¿Corrió localizaste a Jessica?

-No la localicé. El destino la puso en mi camino y le doy las gracias por ello. Es una persona maravillosa y estoy muy enamorado. Os contaremos nuestro extraño encuentro mientras tomamos el pastel... Por cierto, papá, me alegro mucho de estar en casa.

-Y yo, hijo. ¿Vais a casaros?

-Aún no se lo he pedido, pero pienso hacerlo. Es por ella por quien he vuelto a casa. Yo estaba siendo muy testarudo y Jessica me convenció.

-Entonces, ya la quiero -rió su padre, pasándole un brazo por los hombros-. No puedo decirte cuánto te hemos echado de menos.

Pasaron toda la tarde con sus padres y después fueron a ver a Kyle

y a su familia. A Jessica le cayeron bien inmediatamente. Los dos hermanos desaparecieron en una habitación y volvieron poco después. Kyle tenía una sonrisa en los labios.

Sabía que Smith le había contado que era adoptado porque veía una gran paz reflejada en su rostro.

Estuvieron allí una hora y prometieron volver lo antes posible.

-Estoy agotado -dijo Smith cuando volvían al hotel.

-Pero contento.

-Pero contento, sí -sonrió él-. Gracias.

-¿Por qué?

-Por hacerme volver a casa. Y por devolverme a mi familia.

-Lo has hecho tú, no yo.

Smith la besó en los labios.

-No sabes lo especial que eres para mí.

A la mañana siguiente fueron a visitar al abuelo Pete.

Jessica soltó una carcajada al ver las dos tiendas indias al lado de la casa.

-¿Qué son, habitaciones para invitados?

-Aunque no te lo creas, lo son. A veces mi abuelo duerme aquí -sonrió Smith-. ¡Abuelo! ¿Dónde te has metido?

-No hace falta que grites, hijo. Estoy aquí.

Un hombre de pelo blanco asomó entonces en el porche. Llevaba dos trenzas y un viejo peto vaquero. Abuelo y nieto se fundieron en un fuerte abrazo.

-¿Quién es esta chica tan guapa?

-Jessica O'Connor Smith, abuelo. La luz de mi vida.

Ella sonrió.

-Encantada de conocerlo. He oído hablar mucho de usted.

-A mí no me llames de usted. Llámame Cherokee Pete, como todo el mundo. Me gustas, Jessica. Y a mi hija también, por lo visto. A ver, te ofrezco un trato: si te casas con mi nieto, te doy diez millones de dólares el día de la boda.

Jessica soltó una carcajada.

-¿Tantas ganas tienes de casarlo?

-Desde luego.

-Lo dice en serio -dijo Smith entonces-. ¿Qué te parece? Diez millones son diez millones.

-Pero...

-Ya te lo explicaré más tarde. Abuelo, ¿por qué no le enseñas tu serpiente de cascabel?

-Ahora mismo. Pero esta es nueva... la otra se me murió. ¿Quieres que te enseñe mi colección de flechas?

Jessica adoraba a Cherokee Pete. Incluso le gustaron los chiles picantes que les sirvió para almorzar. No le apetecía marcharse, pero habían quedado con Shirley y Mack en el aeropuerto de Dallas a las seis, de modo que tuvieron que despedirse.

-Es todo un personaje, ¿eh?

-No hay nadie como él -rio Smith-. Siempre ha sido muy especial para mí.

Llegaron al aeropuerto a las seis menos cinco y, después de recoger a Shirley y Mack, fueron al hotel para cambiarse de ropa. Smith los invitó a cenar en un restaurante de cinco tenedores y brindaron con champán por el éxito de la empresa de bolsos Jessica Miles.

-Hemos llegado mucho más lejos de lo que imaginábamos. No puedo creer que mañana vayamos a firmar un contrato con Neimann Marcus.

-Yo tampoco -rió Shirley-. Y, como contable de la empresa, debo decir que somos un éxito. Todo gracias a ti, Jessica.

-Más bien a los contactos de Smith.

-Yo creo que el campo estaba abonado -rió él-. Los bolsos son una maravilla. Incluso he pensado comprar uno para mí...

-Tonto.

-Brindemos por el éxito.

Jessica sacó entonces dos cajas envueltas en papel dorado con una cinta azul.

-Por ser tan buenos amigos. Siempre habéis estado a mi lado en los momentos difíciles y os quiero mucho.

-Pero esto... -empezó a decir Shirley-. Si mi cumpleaños no es hasta octubre.

Ambos se miraron, atónitos, al comprobar que eran dos relojes de oro. Rolex, ni más ni menos.

-¡Jessica! Esto es demasiado...

-No son verdaderos. Son una imitación que Smith compró para mí en Matamoros. Mirad, yo tengo otro. ¿A que parecen auténticos?

-Gracias -dijo Mack, incrédulo-. ¿Estáis seguros de que...?

-Son una copia, de verdad. Diles que son falsos, Smith.

Él les guiñó un ojo.

-Son falsos.

-¿Por qué has guiñado el ojo? Smith Rutledge, ¿estos relojes son auténticos?

-No pienso decirlo.

Capítulo 15

Smith llamó a la puerta del cuarto de baño.

-Cariño, el desayuno.

-No puede ser. No estoy preparada. Tengo el pelo hecho un asco -suspiró ella, abriendo la puerta-. No puedo hacer nada con estos rizos.

-¿Quieres que te ayude?

Jessica levantó los ojos al cielo.

-Necesito parecer ejecutiva, no una amante desequilibrada. ¿Te importa servirme una taza de café mientras intento arreglármelo?

-Pero...

-Cariño, por favor. El hierro me sale por las orejas, lo dijo el doctor Vargas. Además, estoy tan nerviosa que no podría probar bocado. Solo quiero café.

-¿Cómo voy a negarte nada si eres adorable?

-No soy adorable. Y tengo el pelo hecho un asco.

Smith abrió su mano y puso en ella una cajita.

-Espero que esto te ponga de mejor humor. Voy por el café.

Cuando volvió, Jessica no se había movido del sitio. La cajita estaba abierta y ella miraba los pendientes de diamantes con expresión incrédula.

-¿Te gustan?

-¿Cómo no van a gustarme? Son maravillosos. Dime que son circonitas.

-Son circonitas -dijo Smith, obediente-. ¿Qué son circonitas?

-Diamantes falsos.

-Yo no quiero que tengas diamantes falsos, amor mío. Tú te mereces lo mejor.

-Pero deben ser carísimos.

-¿Te gustan o no?

-Me encantan pero no puedo aceptarlos. Me daría miedo perderlos.

-Están asegurados. Venga, póntelos. Así te darán confianza en la reunión y nadie notará que tienes el pelo hecho un asco.

Jessica le echó los brazos al cuello.

-¿Qué voy a hacer contigo, Smith Rutledge?

-Yo diría que podemos...

-Ni te acerques. ¡Me estropearías el maquillaje!

-Pues entonces, muévete. Cuanto antes firmes ese contrato, antes podré besarte.

Unos minutos después ella salió del cuarto de baño, tan preciosa como siempre. Nunca olvidaría su sonrisa cuando le mostró los pendientes. Estaba para comérsela. Smith quería darle también el

anillo de compromiso, pero sería mejor esperar hasta después de la reunión.

Aunque eso lo ponía nervioso. ¿Y si ella le decía que no? No quería ni pensar en esa posibilidad.

-¿Preparada?

Jessica respiró profundamente.

-Preparada. Vamos a buscar a Shirley y Mack.

Jessica y Shirley se despidieron de los ejecutivos con un apretón de manos y, una vez solas en el ascensor, se abrazaron riendo como locas.

-¿Lo puedes creer? Ese contrato asegura la educación de mis hijos. Podría dejar de dar clases mañana si quisiera.

-¿Vas a hacerlo?

-Probablemente, no. Ya sabes que me encanta enseñar. ¿Y tú? ¿Piensas volver al instituto?

-Lo dudo. Prefiero diseñar bolsos.

-Además, tienes que pensar en cierta persona.

Jessica sonrió.

-Eso también.

-Retiro lo que dije de él. Ahora que lo conozco un poco más, veo que no tiene nada que ver con Tom. Es una persona diferente y me cae de maravilla. Estás enamorada, ¿verdad, Jess?

-Sí -sonrió ella-. Mucho.

-Entonces te deseo toda la felicidad del mundo.

-Gracias.

Las puertas del ascensor se abrieron en la primera planta de los grandes almacenes. Smith y Mack estaban esperando.

-¿Qué tal ha ido?

-De maravilla. Los he dejado de piedra con mis conocimientos financieros -exclamó Shirley.

-Y yo los he dejado de piedra... con mis piedras -sonrió Jessica, moviendo sus pendientes.

-Más bien los has cegado -rió su amiga-. ¿Vamos a comer?

Media hora más tarde, las dos parejas estaban al otro lado de la ciudad; en la mejor hambur-guesería de Dallas, según Smith.

-¿Te gusta ir de pesca, Mack?

-Sí, claro.

-Tenéis que ir con los niños a isla Padre. Allí podremos pescar todo lo que nos dé la gana.

-La casa es preciosa y el mar... una maravilla -dijo Jessica-. Y tiene dos barcos enormes.

-Entonces, claro que iremos -rió Shirley.

-Estupendo. Pásame la mostaza, cariño.

Se despidieron de Shirley y Mack en el aeropuerto y tomaron el avión privado para Harlingen.

Ella seguía sonriendo mientras se abrochaban el cinturón de seguridad. Firmar un contrato en exclusiva con Neimann Marcus no era algo que uno hiciera todos los días. Lo que empezó solo como un sueño se había convertido en una realidad.

-¿Contenta? -preguntó Smith.

-Más que contenta. Y muy orgullosa de mí misma.

-¿Me das el beso ahora?

-Uno y mil. Te quiero mucho, Smith.

-Y yo a ti, Jess. Más de lo que podría decirte.

Te has convertido en lo más importante de mi vida.

-Eres maravilloso, Smith Rutledge. No solo te quiero, me gustas. Y a mis amigos también... y no por los relojes.

-Son una gente maravillosa. Por eso se merecen un Rolex auténtico. Espero que no te enfades.

-Yo ya no me enfado contigo por nada. Además, supongo que cuando se tiene tanto dinero como tú, eso tiene una importancia relativa -sonrió ella, apoyando la cabeza sobre su pecho-. Ha sido un fin de semana estupendo. Y me encanta tu familia.

-¿Quieres formar parte de ella?

Jessica se sentó de golpe.

-¿Qué estás diciendo?

-Te estoy pidiendo que te cases conmigo. Puedes aceptar la oferta de mi abuelo y tener diez millones el día de la boda.

-No necesito diez millones de dólares.

-¿Te casarás conmigo de todas formas?

-Tendré que pensármelo.

-Cariño, no me hagas esperar demasiado. Mi corazón no podría soportarlo.

-Pues... ya lo he pensado. Me casaré contigo.

-¿Has hecho el amor en un avión, Jess? -preguntó Smith entonces, sonriendo seductoramente.

-Pregúntamelo mañana.

Epílogo

El día que habían elegido no podía ser más perfecto. Los naranjos estaban en flor y su fragancia aromatizaba el aire con un delicado perfume. Un arco formado por rosas amarillas y flores de azahar servía como capilla improvisada. Los invitados estaban sentados en sillas forradas de lino blanco.

Smith estaba bajo el arco con el sacerdote y el padrino, su hermano Kyle, esperando que apareciese la novia.

Jessica lo había convencido para esperar un año porque quería estar muy, pero que muy segura de que estaban haciendo lo que debían.

Y, además, quería que los naranjos estuvieran en flor.

Habían decidido celebrar una ceremonia íntima, solo con la familia y los amigos más cercanos. De modo que el abuelo Pete estaba encantado de no tener que ponerse «uno de esos trajes de pingüino».

Sus padres estaban en la primera fila, junto con Irish y el pequeño Joshua. Tras ellos, el abuelo con su primo Jackson y su nueva esposa, Olivia. Al otro lado, Matt Crow y su esposa, Eve, que era la hermana de Irish. Y la congresista Ellen Crow… toda su familia había ido a Harlingen. Todos ellos. Su familia.

Smith era tan feliz, que estaba seguro de no poder serlo más.

Entonces empezaron a sonar los acordes de la marcha nupcial y Jessica apareció en el jardín del brazo de su padre adoptivo, Mel.

Llevaba un vestido de color amarillo muy pálido, casi beige, y un ramo de flores de azahar atado con cintas amarillas.

Estaba preciosa, exquisita. Y radiante… como todas las novias.

Y el amor que sentía por ella casi lo hizo caer de rodillas.

Pronto llegó a su lado y juntos repitieron los votos. Smith pronunció los suyos con voz clara y fuerte, pero hizo uno en silencio mientras le ponía la alianza:

«Cuidaré muy bien de ella, Tom».

Jan Hudson - Cherokee Pete 4 - Amores culpables (Harlequín by Mariquiña)